

An aerial photograph of a tropical coastline. The left side is dominated by a dense, lush green forest. A narrow strip of white sand beach runs along the edge of the forest, with several people and umbrellas visible. The water is a vibrant turquoise color, transitioning to a deeper blue further out. A small white boat with a blue stripe is visible in the upper right quadrant of the water.

SERGIO BIZZIO

Diez días en Re

Lectulandia

Apenas ha transcurrido una noche desde su fiesta de casamiento, y Carlos e Irina salen de luna de miel. Ella está feliz, él todavía un poco borracho. Toman un avión, se suben a una barcaza, y después de muchas horas de viaje llegan a las playas de Re. El paisaje es perfecto. Y mientras mira a Irina sonreír desde la orilla, sobre Carlos se desploma una certeza demoledora: no la ama.

Pero de lo que en principio se intuye como la historia de una separación, pronto surge algo más. El relato muta y se retuerce, y nos arrastra por la arena de ese paraíso tropical hacia el más profundo desconcierto.

Sobre la escenografía de una luna miel —con su ilusión de calma y de dicha—, Bizzio dispone una serie de elementos que tensan los límites de lo real. Página a página el relato se transforma en uno nuevo, una y otra vez; la historia del inicio se llena de ramas, tornándose espesa e imantada como la selva que rodea a los personajes.

Lectulandia

Sergio Bizzio

Diez días en Re

ePub r1.0

lenny 04.03.2019

Título original: *Diez días en Re*
Sergio Bizzio, 2017
Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Editor digital: lenny
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Al amanecer del día siguiente, en continuidad directa con la fiesta de bodas, salieron de luna de miel. Irina estaba feliz. Carlos seguía un poco borracho. Volaron tomados de la mano, mirando las nubes.

Ya en el hotel, después de cinco horas de avión, después de media hora de taxi, después de una hora más en una barcaza llena de humo y después de arrastrar las valijas cuesta arriba por una escalera en zigzag tallada en la ladera de la montaña, se dieron una ducha y, a pedido de Irina (él había apoyado una rodilla en la cama cuando ella, con una sonrisa de oreja a oreja, le preguntó si estaba loco), bajaron a la playa.

Era un día de sol perfecto. Carlos se dejó caer en la primera reposera que encontró.

—¿No venís? —le dijo Irina.

Él negó con la cabeza; estaba tan cansado que no podía hablar.

Irina fue hasta la orilla, metió un pie en el agua y por un momento se mantuvo aleteando y dando saltitos sobre una pierna. Finalmente se zambulló. Emergió de frente y alzó un brazo hacia él.

Carlos respondió al saludo. En ese instante, con el brazo todavía en alto, una sensación terrible zigzagueó por su cuerpo a la velocidad del rayo: «Dios mío, no la amo». Fue toda una revelación. Se quedó mirándola y no era ella, aunque sin desconocerla. ¿Qué pasaba? O, mejor dicho, qué había pasado. Porque no tuvo ninguna duda de lo que acababa de sentir. ¿Había dejado de amarla *de pronto*? ¿O se había engañado desde siempre y recién ahora lo notaba?

Cuando Irina volvió, Carlos seguía paralizado con el brazo en alto.

—¿Qué hacés así? —le preguntó ella extendiendo en la arena una toalla del hotel.

Carlos parpadeó y empezó a bajar el brazo, muy despacio, como si no terminara de reaccionar. Una puntada lo obligó a alzarlo otra vez. Lo intentó de nuevo. Y de nuevo el mismo dolor.

—¿Qué tenés?

—No sé —dijo Carlos masajeándose el hombro derecho—. No puedo bajar el brazo...

Trató una vez más. Se retorció.

Irina se arrodilló a su lado y le palpó los músculos del hombro con la yema de los dedos, como mecanografiando la pregunta por el lugar del dolor. Lo sostuvo del codo y le pidió que probara otra vez.

—Despacio, tranquilo...

Carlos bajó el brazo hasta que el codo quedó a la altura del hombro. Ahí se detuvo y descansó un momento, con el codo apoyado en la mano de Irina. Después siguió bajándolo, poco a poco, milímetro a milímetro... No, no había caso. Tuvo que levantarlo. El dolor era insoportable.

—Es un tirón, como si algo me mordiera un nervio...

—Te lo debés haber dislocado. ¿Hiciste algún movimiento raro?

Carlos dijo que no.

—¿Y al sentarte?

—No, no creo, me apoyé en las manos, como cualquiera. A lo mejor fue en el avión. ¿Dormí torcido? Ese golpe que me di en el barco...

—Probemos otra vez. Tratá de bajarlo por adelante. ¿Te duele si lo girás así?

Carlos siguió las instrucciones de Irina: adelantó el codo, apuntándolo hacia el mar, y empezó a bajar el brazo muy despacio, la palma de la mano vuelta hacia él, como un cantante melódico.

El mismo tirón.

—Tenemos que ir a ver a un médico —dijo Irina.

—¡Estamos en una isla!

Carlos se revolvió en la reposera; quería levantarse y no podía. Irina se paró frente a él, lo tomó del brazo sano para ayudarlo a incorporarse y se echó hacia atrás. Carlos gritó, ella lo soltó en el acto, él se hundió de nuevo en la reposera. La desproporción entre la fuerza de Irina y el peso de Carlos era tan evidente que no volvieron a intentarlo.

—No te muevas, voy a pedir ayuda.

Había muy poca gente en la playa. A la izquierda, dos mujeres de sombrero y anteojos oscuros dormían de cara al sol. Más allá, seis o siete ancianos se amontonaban sobre algo recién descubierto en la orilla, algo todavía vivo, a juzgar por el movimiento en ronda del grupo. A la derecha había un hombre solitario acostado boca abajo. Irina fue hacia allí.

Carlos la vio inclinarse sobre el hombre, que levantó la cabeza. Irina señaló hacia atrás. El hombre la siguió. Era un hombre alto, de cuello ancho, de brazos anchos, de muslos anchos, con una abultada sunga negra que parecía el hocico de un perro. Caminaba sacudiéndose la arena del pecho con los dedos.

—Disculpá que no te dé la mano —le dijo Carlos apenas el hombre estuvo a su lado—, no puedo bajar el brazo.

El hombre lo tomó del brazo sano y lo arrancó de la reposera.

—¿Por casualidad sabés si hay algún médico en la isla? —le preguntó Irina.

No sabía. Irina y Carlos le dieron las gracias y empezaron a caminar hacia el hotel. El hombre los siguió con la vista.

Para ayudarlo a mantener el brazo en alto y a la vez descansado, Irina lo iba sosteniendo del codo. La arena, blanda, con pozos y elevaciones, les hizo perder el equilibrio en más de una ocasión, y Carlos gritó con ganas una y otra vez, hasta que se dio cuenta de que podía evitar el dolor y al mismo tiempo mantener descansado el brazo si lo cruzaba por encima de su cabeza, agarrándose de sí mismo, por decirlo de alguna manera; para reforzar el hallazgo, se metió un dedo en la oreja como un alpinista en una grieta. Así subieron la escalera de piedra y así entraron al hotel.

El recepcionista les dijo que no había ningún médico en la isla, a menos que algún turista lo fuera; podía averiguar. A su juicio se trataba de un esguince o de una tendinitis, y le aconsejó que se pusiera hielo.

Irina vació en una bolsa de nylon el hielo que encontró en la heladera de la habitación y se la aplicó en el hombro. Carlos, acostado boca arriba, con la mano metida entre los arabescos de hierro del cabezal de la cama a fin de mantener el brazo en alto, volvió a sentirse invadido por el mismo desconcierto de un momento atrás. ¿Había dejado de amarla *ese día*? ¿O había llegado al matrimonio en un grado de distracción tan grande sobre sus verdaderos sentimientos que era mejor ni pensarlo ahora? ¿Era posible que se hubiera dejado llevar por el impulso inicial de unas semanas ya lejanísimas de pasión, por la inercia de un amor que ya no era más que inercia y que, a su vez, acababa de agotarse y de frenar, como algo vacío que se vacía?

El proyecto de compartir su vida con ella era un inmenso error, a tal punto que por un instante se consoló con la ilusión de retroceder en el tiempo y corregirlo; incluso hizo fuerza y se reacomodó en la cama.

Un mareo fijo, sumado a la voz de Irina, que le llegaba como desde otro mundo, acentuó la ilusión de retroceso, y lo estimuló a insistir... Muy bien, no podía ir hacia atrás para anular el matrimonio, pero tampoco hacia adelante: sería una brutalidad imperdonable decirle a Irina lo que sentía, le rompería el corazón.

Se quedó quieto, congelado en un presente que avanzaba sin llevarlo.

Irina insistió con ir al continente para ver a un médico; después de todo no era más que una hora de barco, si es que a esa plataforma de chapas motorizadas en la que habían llegado podía llamársele barco. Pero Carlos decidió esperar; el intento de retroceder en el tiempo, más que su fracaso, le había hecho pensar que a lo mejor lo que le estaba pasando no era ni más ni menos que efecto del cansancio. ¿Por qué no? Las últimas veinticuatro horas habían sido agotadoras. De hecho, el tam tam de la fiesta de bodas retumbaba todavía en sus oídos. Si conseguía dormir, quizá al despertar se encontraría con que estaba todo en orden. Con esa luz en mente, cerró los ojos y se durmió. Despertó a la medianoche. Ahora la que dormía era Irina.

Todavía acostado, movió el brazo muy despacio, cauteloso, hacia arriba y hacia abajo, una y otra vez. En determinado momento lo bajó de golpe, con un impulso calculado y aun así desmedido, sin ningún dolor. Se quedó un momento a la expectativa. El músculo, la articulación, el nervio o lo que fuera parecía haberse desinflamado. ¿O había saltado por encima del dolor sin darle tiempo a reaccionar? Por ahora era conveniente no moverlo más.

En un mueble debajo del televisor vio una bandeja con dos platos y dos botellitas plásticas de agua mineral. Irina había pedido hamburguesas. Había comido una y había dejado la otra para él. ¿Trató de despertarlo cuando llegó la comida? Seguro, casi tan seguro como que no lo había conseguido. ¿Qué había hecho mientras él

dormía? Había cenado con el plato sobre las piernas, mirando alguna cosa sin volumen en televisión.

Para ganarle a la culpa, se levantó lo más rápido que pudo, con el brazo pegado al cuerpo. Fue hasta la ventana y miró hacia afuera.

Había gente en la playa. Empujaban una canoa, que parecía varada, pero no alcanzó a ver si la empujaban hacia el mar o hacia la arena.

Se vistió usando nada más que la mano izquierda y salió de la habitación.

El bar y el restaurante estaban en la planta baja, en un gran salón circular con una decena de mesas circulares y una barra también circular rodeada de banquetas circulares; el constructor parecía haberse empeñado en soplar espirales de todos los tamaños. La luz, detalle que hasta el más improvisado de los ambientadores relacionaría con el espíritu del lugar, era lo único cuadrado, plano. Carlos entró, dio un paso y se detuvo. El hombre que esa mañana en la playa lo había arrancado de la reposera bebía sentado a la barra.

—¿Cómo está ese brazo? —le preguntó desde lejos, mirándolo por el espejo.

—Mejor —respondió Carlos. No tuvo más remedio que acercarse. Llevaba la mano derecha en el bolsillo.

Unos minutos de charla forzada después (el hombre, Wilson, era instructor de buceo, pescaba a sus clientes en el hotel, y era, según sus propias palabras, «el mejor programa de la isla»), entró una mujer blanca de mediana edad con una carterita en la mano. Wilson enderezó la espalda. Carlos entendió que era una cita y aprovechó para irse.

Salió a la terraza. La noche era clara; una brisa rampante, visible por un puñado de hojas en el suelo, dibujaba círculos a su alrededor. Se acodó a la baranda del balcón y miró la playa y el mar. Casi en el acto giró, no para mirar el hotel a sus espaldas, un edificio de tres plantas escalonadas como una torta de bodas, sino la persiana de la habitación donde dormía Irina: estaba abierta. Volvió a acodarse a la baranda y dejó caer la cabeza entre los hombros.

Enseguida se enderezó. Hizo unas torsiones con la cintura y separó con dos dedos allá y aquí la remera del cuerpo, aunque no había transpirado. Se sentía incómodo, como si todo él fuera su brazo y el resto sobrara. Había dormido bien, incluso demasiado, lo que dejaba en evidencia, sin excusas, que lo que sentía era indudable y definitivo, y no una confusión pasajera producto del cansancio o del estrés. ¿Y cuál era la causa? Lo ignoraba. No obstante, esperaba que el efecto pudiera reabsorberse, y la causa, fuera cual fuese, otra vez completa, se disipara. Pero no tenía ni la más pálida idea de lo que podía o debía hacer, si es que podía hacer algo.

Wilson le había mencionado un bar a cien metros del hotel, sobre la playa. Bajó la escalera de piedra contando los escalones, ciento treinta, y caminó por la orilla con la mente en blanco hasta una construcción precaria sobre una tarima de madera. Durante

el trayecto le llamó la atención que el volumen de la música no aumentara a medida que se acercaba, como un sonido sin perspectiva.

Había mucha gente y parecían todos en el mejor de los mundos, así que no entró.

Caminó a paso lento por la playa con las manos en los bolsillos. Dos mujeres muy blancas y musculosas, una de ellas con la cabeza rapada, lo aventajaron. Metros después, sorprendentemente, empezaron a golpearse. Carlos siguió adelante sin cambiar de ritmo. ¿Debía intervenir? ¿Sería capaz de separarlas con un solo brazo? No se había contestado todavía cuando las mujeres retomaron la marcha, ahora a paso rápido, haciendo silbar los talones en la arena. Enseguida dejó de verlas.

El mar estaba combado y más alto que la playa, y aun así se mantenía en su lugar. Unas siluetas se acomodaban sobre unas rocas. ¿Lobos marinos? ¿Lobos humanos? La luna mordía una nube negra. Volvió al hotel.

Abrió y cerró la puerta de la habitación con mucho cuidado. Irina dormía boca arriba, completamente desnuda.

Caminó en el aire, sin respirar, y se dejó caer de espaldas en la cama con la lentitud de una pluma. Irina giró hacia él con los ojos abiertos. Carlos, anticipándose a su pedido de hacer el amor, la envolvió con el brazo sano, la apretó contra su pecho para evitar que sus miradas se encontraran y se fingió rápidamente dormido.

¿Por qué le pasaba esto? ¿Por qué no se había dado cuenta antes? Y es más: ¿por qué se había dado cuenta?

—¿Dormiste bien? —le preguntó Irina al día siguiente, apenas Carlos abrió los ojos.

Él asintió. Se sentó en la cama y, aleteando muy despacio, levantó y bajó el brazo varias veces sin ningún dolor, lo que no pareció alegrarlo.

Irina había pasado casi todo el primer día de la luna de miel encerrada en la habitación, cuidándolo. Ahora venía de pasar la mañana a solas. Se había despertado a las nueve. Carlos dormía en posición fetal a pesar del calor, con la sábana enroscada alrededor del cuello, así que Irina se dio una ducha y bajó a desayunar.

No había nadie en el comedor a esa hora de la mañana. Tomó café con leche y comió un pedazo de melón con forma de sombrilla, ojeando un diario del día anterior. Después salió a la terraza, una amplia terraza en forma de U, con el mar al frente y la selva detrás. Se sentó en un banco de madera y escuchó largo rato una maraña de gritos y chillidos, sin poder identificar ninguno.

A pesar de la hora ya hacía mucho calor. Bajó a la playa, que estaba desierta. Se desvistió —llevaba puesto el bikini debajo del vestido— y entró al agua hasta la cintura. A punto de zambullirse, un negro de músculos jóvenes muy trabajados apareció por detrás y, adoptando un aire casual, le preguntó si era chilena.

—Argentina.

—¿Y estás sola, o con amigas?

—Con mi marido.

—Ah, bueno —dijo el negro—, si es así... —y se tiró de cabeza en una olita de tres centímetros de altura, como estafado.

Irina se tapó la nariz y se agachó de golpe. Después, retorciéndose el pelo sobre un hombro, volvió al lugar donde había dejado el vestido, extendió una toalla que había agarrado al salir del hotel y se acostó boca arriba a tomar sol.

Carlos abrió los ojos cuando la oyó entrar y lo primero que hizo —después de probar si le dolía el brazo— fue decir que se moría de hambre. La noche anterior no había cenado. No comía nada desde la fiesta de bodas.

Irina, previendo que Carlos no se despertaría a tiempo para el desayuno, se había robado un par de medialunas y una banana. No estaba segura de que eso fuera un robo, pero se había cuidado de la mirada de los mozos al envolver las medialunas y la banana y guardarlas en el bolso. A Carlos el gesto le resultó conmovedor. La tomó de la cintura con el brazo sano, la sentó en sus rodillas y le dio un beso. Estuvo a punto de echarse de espaldas sobre la cama, arrastrándola con él, pero a último momento se dio cuenta de que no estaba siendo cariñoso sino probando lo que sentía, y se apartó con fastidio.

Dieron un paseo por la isla. Caminaron primero en una dirección y después en la otra, tanteándola. Durante el paseo Irina se llenó las manos de caracoles y Carlos se zambulló dos veces en el mar, las dos veces de improviso, como si ardiera.

A primeras horas de la tarde fueron a almorzar a una choza sobre la playa, a trescientos metros del hotel.

—¿Estás bien? —le preguntó Irina.

—¿Por?

—Te noto apagado...

El brazo era una excusa perfecta para enmascarar de preocupación el desconcierto que sentía. No estaba apagado, estaba tenso, dijo; tenía que andar con cuidado, un movimiento brusco podía hacer que el brazo le volviera a doler. Irina levantó la botella y le sirvió cerveza. Él miró hacia afuera por la ventana.

Hablaron de trivialidades, las mismas que se habrían dicho si las dos partes de la relación funcionaran a pleno y en armonía. Irina estaba contenta. Era una chica dulce y simple, sin que dulce quiera decir dócil, ni que simple quiera decir tonta. Al contrario, era muy inteligente y perceptiva; su mayor virtud era un impulso natural constante en dirección de la felicidad, tanto si se trataba de cosas domésticas, rutinarias, como de los sueños más retorcidos y anhelados. ¿Por qué Carlos se mostraba ahora tan cuidadoso, cuando la noche anterior la había envuelto con los dos brazos, e incluso poniéndose de costado, con todo el peso del cuerpo sobre el hombro lastimado? La pregunta seguía ahí desde el primer momento, pero no dijo nada, y enseguida la olvidó. Irina sacó del bolso un folleto que había agarrado esa mañana de una mesita en la recepción del hotel y comentó, leyendo a medias:

—Hay una cascada... Se puede hacer buceo... Hay un pintor nativo internacionalmente respetado, dice acá, que por cinco dólares te deja entrar a su casa y mirarlo trabajar... Hay una cabaña en medio de la selva donde sirven platos típicos... Hay excursiones por el volcán...

—¿Qué volcán?

—La montaña.

—¿Es un volcán?

—Pregunté lo mismo. Un mozo me dijo que no, pero que todo el mundo le dice volcán porque la cima está ahuecada... —Le mostró una foto en el folleto—. Estaría bueno ir a comer a esta cabañita en la selva... No hay teléfono para hacer una reserva, obviamente, pero acá dice que «sería muy raro llegar y encontrarse con que no hay lugar».

—Quiere decir que sería muy raro llegar y encontrarse con un éxito.

—¿Vamos hoy? —preguntó ella como si no lo hubiera escuchado.

Carlos estaba todavía en el proceso, si es que puede llamárselo así, de asimilar la revelación del día anterior, y dijo «sí» con la cabeza y «no» con el mentón, encogiéndolo. Un fracaso de público lo dejaría a solas con su esposa en un máximo de intimidad. Nada muy distinto de lo que ocurría en la choza donde estaban ahora, tanto como en la habitación, e incluso en la playa, siempre desierta. La isla entera ponía a cada instante en primer plano lo que sentía, o lo que no sentía; no había forma de escapar. La intimidad que proponía un restaurante en la selva, sentados a una mesa con una vela en el centro, frente a platos seguramente carísimos y no pudiendo hablar de nadie más que de ellos mismos, era justo lo contrario de lo que necesitaba. Necesitaba estar a solas, no a solas con ella.

Cuando salieron de la choza había tormenta. Caminaron hacia el hotel sin apuro. En la playa unas pocas personas corrían de allá para acá, unos escapando de la lluvia inminente y otros en busca de cosas que se habían volado. Todo indicaba que no habría más playa durante el resto del día.

A metros del hotel, un relámpago los hizo apretarse uno contra el otro. Encararon la escalera de piedra y empezó a llover.

—Bueno —dijo Irina pasándole un brazo por la cintura—, no vas a tener más remedio que echarme un polvo.

Carlos, que había tomado cerveza como una esponja, tropezó en el primer escalón. Le llevó dos o tres escalones más recuperar el equilibrio.

Aunque se le decía «isla» —sin duda porque era circular y porque al sur había dos islas verdaderas, un conjunto del que parecía formar parte—, Re estaba unida al continente por un cordón rocoso de cien metros de largo, como si miles de años atrás, en un respiro durante un movimiento de placas, pasándose un pañuelo por la frente, el continente hubiera escupido hacia el mar.

Era un cordón angosto, escarpado y resbaladizo, que sólo podía recorrerse a pie y con muchísimo cuidado, como escalando una montaña horizontal. El desafío, sin embargo, era moneda corriente entre los chicos de la isla. Sabían que lo tenían prohibido y que si eran sorprendidos serían castigados, pero chicos de diez años, de doce, de quince, solos o en pequeños grupos, lo intentaban a diario. No eran pocos los que llegaban al otro lado. Tampoco los que fracasaban o abandonaban, para intentarlo de nuevo al día siguiente.

Algunos caían al mar. Dos y cinco metros eran las alturas mínima y máxima, así que los que caían al agua volvían a subir sin demasiados problemas después de nadar hasta alguno de los varios sectores de rocas escalonadas. Pero el riesgo de romperse la cabeza estaba siempre presente. Aunque no había registro de ningún accidente fatal, los chicos que se habían quebrado una pierna, o un brazo, o las costillas, se contaban por decenas.

Cuando el turismo descubrió la isla, y distintas constructoras empezaron a llenar las playas con bares, locales de venta de chucherías de marca, un hotel y algunas posadas, los nativos, un centenar, dejaron el aire y el sol y se instalaron en las oscuras y húmedas laderas del volcán. La vegetación era tan espesa que, visto desde lejos, parecía un brócoli gigante; se diría que no entraba una hojita más. Ahí, a mitad de camino entre la playa y la cima, vivía el más hábil de todos los chicos de la isla, uno que volaba ida y vuelta por el cordón sin fallar jamás, con una agilidad asombrosa. Tenía quince años, la piel oscura y el pelo rubio, casi blanco.

Irina y Carlos lo vieron dos veces ese día.

La primera vez, a media mañana. Seguía lloviendo, así que bajaron al *lobby* (Irina había dicho: «¿Y por qué no nos quedamos todo el día acá encerrados y hacemos un bebé?») y se hundieron en dos anchos sillones de cuero en medio de la sala desierta. Un minuto después Carlos quiso mudarse a unas sillas de mimbre junto a la ventana, para mirar la playa. Desde allí, sin embargo, la playa quedaba oculta por la terraza; la línea del horizonte se había borrado y era imposible saber dónde terminaba el cielo y dónde empezaba el mar. El aire era rosa y gris. No se veía nada.

Irina le preguntó qué era lo que miraba con tanta atención.

En ese preciso momento la lluvia cesó y el cielo empezó a abrir a toda velocidad. Carlos apoyó la punta del dedo índice en el vidrio de la ventana.

—¿Ves aquel chico?

Parado en lo alto de una roca, un chico iba haciéndose visible a medida que el vapor terminaba de caer, empujado hacia abajo por el viento. Primero las manos, apoyadas en la cintura; después los pies, descalzos. Llevaba puesto un pantalón corto. Observaba el cordón de rocas delante de él.

—¿Qué hace? —preguntó Irina.

Carlos se encogió de hombros.

Lo vieron de nuevo unas horas después, durante un paseo en el que se aventuraron hasta más allá de un punto en el que la playa doblaba de golpe, como una

esquina. Entre los árboles había un amontonamiento de techos de hoja sobre palos y, sobre la orilla, un muelle tambaleante junto al que un grupo de adolescentes molía a golpes a un adulto ovillado en el suelo.

Carlos frenó en seco. Agarró de un brazo a Irina, que seguía adelante, incluso apurando el paso, y, para contrarrestar su cobardía, gritó desde lejos que lo dejaran. Los chicos no lo escucharon, o no le hicieron caso, y siguieron pateando al viejo hasta que el rubiecito que habían visto sobre el cordón de rocas salió de entre los árboles y pasó al lado de ellos. «¡Zumo!», lo llamó alguien. Zumo no se detuvo. Los chicos dejaron al viejo y se pusieron a caminar detrás de él.

Irina fue hasta el lugar donde había caído el viejo. Le agarró la cabeza —tenía la cara hundida en la arena—, la puso de costado y le preguntó si estaba bien y si podía ayudarlo en algo.

—Perfectamente —le dijo el viejo incorporándose.

Debía tener unos setenta años. Caminó hasta la orilla haciendo eses y se dejó caer en el agua.

Irina lo siguió.

—¿Por qué le pegaban?

—Quién sabe. ¿Tengo lastimado acá? —se señaló la frente—. ¿Es sangre esto que chorrea...?

—Agua.

Dos hombres acababan de salir de la espesura y caminaban a paso firme en dirección a ellos. Carlos decidió que lo mejor que podían hacer era irse.

—Tranquila —le dijo a Irina, aunque hablándose a sí mismo—, nosotros no le pegamos, caminá despacio.

Media hora de caminata después, durante la que no se cruzaron con ningún ser vivo a excepción de un perro que miraba a todos lados con un palo en la boca, llegaron al cordón. Zumo estaba parado sobre la misma roca donde lo habían visto horas atrás.

Apiñados por debajo de él, los chicos lo miraban en silencio. Más allá, en la terraza del hotel, dos mozos, uno de ellos con un trapo sobre un hombro, se acodaban una y otra vez a la baranda, impacientes. No eran los únicos curiosos. En la orilla, a metros del cordón, una mujer con un sombrero de paja y un hombre bañado en aceite, los dos de mediana edad, los dos con los pies en el agua, observaban la escena, intrigados.

Y de pronto Zumo se largó a correr sobre las rocas. Iba en línea recta, más recta incluso que el terreno, con un zigzagueo mínimo, y tan rápido que daba la impresión de apoyarse apenas en la punta de los pies. Enseguida se perdió de vista.

—Increíble —murmuró Carlos.

La mujer del sombrero giró hacia ellos con una mano abierta sobre el pecho.

—¿Vieron eso? Se esfumó.

—¿Se habrá caído?

—¡Ahí viene, ahí viene! —dijo el hombre aceitado señalando a lo lejos. Todos contuvieron el aliento—. No, no era...

La actitud de los chicos indicaba que ni siquiera contemplaban la posibilidad de que Zumo se hubiera caído. Esperaban su regreso charlando, pasándose un cigarrillo de mano en mano.

Para Irina ya era suficiente. Propuso ir a dar un paseo por el centro (estaban yendo siempre para el otro lado), pero Carlos no pareció escucharla. Miró al hombre aceitado y le preguntó si creía que el chico iba a reaparecer corriendo o caminando.

El hombre se puso una mano detrás de la oreja: ¿cómo? No lo escuchaba. La mujer se inclinó hacia él y le transmitió la pregunta.

—Carlos —repitió Irina—, ¿vamos?

Recién entonces él reparó en ella. La miró sorprendido. ¿Qué apuro había? Irina señaló con el mentón a la mujer del sombrero y al hombre aceitado: venían directamente hacia ellos.

Se hospedaban en el hotel, Irina ya los había visto antes, por lo que de ahora en más, si llegaban al punto de intercambiar presentaciones y apretones de manos, tendrían que detenerse cada vez que se cruzaran y comentar el estado del tiempo o preguntarse unos a otros cómo la estaban pasando y cosas por el estilo. Irina no tenía ningún problema en hacer amistades ocasionales; ella, con Carlos al lado, estaba bien en cualquier parte. Pero algo en la actitud de Carlos la molestaba, sin que supiera muy bien qué; parecía tener ganas de estar en otro lado y con cualquiera antes que ahí, con ella. De hecho, ni bien Irina señaló con el mentón a la pareja de sombrero y aceite, Carlos, en lugar de irse, como le pedía, giró muy animado hacia ellos y les preguntó en voz alta y clara si alguna vez habían visto a alguien volar así.

Irina lo agarró de la cintura y se lo llevó en diagonal.

La mujer y el hombre se detuvieron en seco al ver que se iban.

—¿Eso no fue un poco grosero? —preguntó Carlos por lo bajo.

—Me parece que sí —dijo ella riéndose.

Caminaron un rato callados, tomados de la mano. Ella lo había tomado de la mano a él. En la ciudad jamás caminaban de la mano; no lo habían hecho ni siquiera al comienzo de la relación. Él a veces le pasaba un brazo por los hombros, pero muy de tanto en tanto y sólo por un momento, como un rapto de cariño seguido de un rapto de pudor. Ahora Irina estrujaba suavemente los dedos de Carlos entre los suyos, jugando con su anillo. Él miraba para otro lado, por encima de un hombro, frunciendo el ceño. Vio cimientos semienterrados, plataformas de listones por entre los que crecía el pasto, claros quemados con rulos de hierro que apuntaban al cielo...

—¿Por qué elegimos ese hotel?

—Lo elegiste vos. Había lugar en las posadas del centro, pero querías tranquilidad. ¿No te gusta?

—El hotel sí. Lo que está alrededor... Recién me doy cuenta. No parece un lugar solitario, parece un lugar abandonado.

Tenía razón. El hotel se había construido apostando a generar en los alrededores, con su sola presencia, un centro comercial que abasteciera al turismo de todo lo necesario para que lo eligieran como destino. La apuesta había dado resultado, al menos durante un tiempo; en las cercanías del hotel se levantaron toda clase de bares, negocios y locales, hasta que alguien, un día —porque debió haber sido alguien y en un determinado momento—, sintió que en esa parte de la isla ya no había suficiente paz y se trasladó mil metros a la izquierda del hotel, donde la playa estaba siempre desierta. Lo único que había que hacer para llegar allí era pasar por entre tres grandes rocas que cortaban la playa como puntos suspensivos.

No era un descubrimiento extraordinario. Extraordinaria fue la reacción de la gente que se hospedaba en el hotel: de un verano para el otro, ya se iban todos para allá. Dormían en el hotel y pasaban el día en la playa al otro lado de las rocas. Consecuencia: los dueños de bares y restaurantes y chiringuitos de todos los colores habidos y por haber, atentos al cambio, se mudaron también. Fue una mudanza rápida y masiva. El hotel se quedó solo, con la módica compañía del bar rastafari, al que esa misma mañana había arribado un grupo de operarios a las órdenes de un negro de casco amarillo que señalaba por dónde empezar.

El éxito de aquella playa hasta hacía poco solitaria no provocó, sin embargo, una nueva huida, esta vez de regreso a la playa del hotel, en busca de una nueva paz. La urbanización de la isla había sido definitivamente sellada; el rumbo era inmodificable, el crecimiento era continuo. Lo que sí había cambiado era el turismo: ahora los fanáticos de la paz, como Carlos, veraneaban en otras islas, en las islas verdaderas, vecinas a esta, o en otros destinos, excepto por error. Guiándose por un folleto, Carlos había elegido el hotel. ¿Cómo podía haberse equivocado así?

Apuró el paso.

Cruzaron por entre las tres rocas gigantes siguiendo un sendero en zigzag que subía y bajaba y salieron a una calle larga, de tierra, paralela a la playa. Era otro mundo, lleno de comercios, de humo, de músicas superpuestas.

Recorrieron la calle de punta a punta. Irina metió la nariz en cada uno de los locales, se probó remeras y pulseras, olió frasquitos, leyó tapas de discos, pasó la mano por unas telas, se envolvió en un pareo, giró brevemente a un lado y a otro... Por último compraron unas latas de cerveza y bajaron a la playa, donde Carlos se sintió más tranquilo y animado.

Había mucha gente, la mayoría jóvenes. Tomaban sol, leían, bebían, fumaban, algunos incluso hablaban, pero la característica dominante era el letargo. Muy de tanto en tanto el mar soltaba una olita tubular.

—Qué suerte que nadie trajo una guitarra —comentó Irina.

Carlos se dejó caer de espaldas en la arena. Irina lo imitó; se puso de costado y apoyó la cabeza en su hombro. Enseguida la levantó, como si hubiera necesitado ver que no se apoyaba sobre el hombro lastimado, y volvió a acurrucarse junto a él, ahora cruzándole un brazo sobre el pecho.

Unos segundos después se arqueó brevemente para que Carlos pudiera sacar la mano de debajo de ella y le preguntó si estaba bien. Él dijo que sí.

Desde que habían llegado a la isla, era la primera vez que estaban verdaderamente juntos y relajados. Casi en el acto, Carlos se quedó dormido.

Irina mantuvo el brazo sobre su pecho hasta que la transpiración la obligó a retirarlo.

Se acostó boca arriba. No veía el sol. Debía estar bajando, quizá por sus pies, o por detrás de su cabeza. Por un momento se entretuvo observando una nube circular con un agujero en el medio; parecía una de esas arandelas de humo que suelen soplar los fumadores primerizos cuando alcanzan un cierto dominio del hábito...

Carlos, profundamente dormido a juzgar por su respiración, clavó de pronto las garras y los talones en la arena como si el mundo acabara de inclinarse y él pudiera resbalar hacia el agua, o hacia quién sabe qué abismo, y la miró largamente, aunque sin verla.

Irina se había sentado, alarmada. Su cabeza ocupaba el centro de la arandela de humo, pero Carlos tardó un siglo en recuperar la calma.

—¿Cena en la cabaña? —preguntó Irina. Se refería a la cabaña en la selva.

Carlos asintió. Estaba sentado en el borde de la cama, examinándose la planta de un pie. Parecía ausente (a Irina le pareció ausente), ausente incluso para el pie, que mantenía girado hacia arriba y que toqueteaba allá y acá con la punta de los dedos. ¿Se lo había doblado, se había clavado algo? No, no era nada. Dejó el pie en el suelo y subió el otro.

Irina no pensaba que la luna de miel fuera una ocasión especial en sí misma (¡ya son un matrimonio!); eso lo creían sus padres, que les habían regalado el viaje. A ella la idea de fortalecer el lazo o de llenarse de energías para volver y comenzar la vida de casados era algo que ni se le cruzaba por la cabeza. Estaba de vacaciones con el hombre que amaba, y punto.

Nunca antes había salido de vacaciones con él. En dos años de noviazgo habían ido una vez, casi inmediatamente después de conocerse, al campo de un amigo de Carlos en Entre Ríos, y otra, durante un fin de semana, a la costa, con una pareja amiga.

Aquellos viajecitos al campo y a la costa resultaron de lo más divertidos y gratificantes, con un Carlos casi maníaco de entusiasmo y de dulzura, lo que no era poco decir. Pero nunca había estado a solas con él, y mucho menos en una isla.

El comportamiento de Carlos, callado, ensimismado y con frecuencia reaccionando de golpe, como si saliera de un trance, empezaba a hacerle sentir que algo no andaba del todo bien. Pero ¿qué? Carlos respondía a sus preguntas con evasivas siempre razonables, y aceptaba sus propuestas sin chistar; en efecto, una luna de miel, como unas vacaciones cualquiera, es una sucesión de paseos, playa,

cenar, excursiones, entre otras cosas, aunque no muchas más, y Carlos, tanto como Irina, aunque por motivos bien diferentes, estaba siempre dispuesto. El problema era la intimidad. Le resultaba mucho más llevadero estar con ella en movimiento, en compañía de extraños, distraído, subiendo o bajando algo, que a solas en el cuarto, donde su entusiasmo adelgazaba a pasos agigantados, hasta que no quedaba nada.

—Me doy una ducha rápida —dijo Irina.

Apenas entró al baño, Carlos soltó el pie, salió de la habitación y bajó a la terraza.

No tenía ninguna duda de que Irina saldría del baño desnuda, esperando encontrarlo acostado, y que, apoyando una rodilla en la cama, le sacaría el control remoto de la mano...

Muchas veces se había dicho (pero a esto hay que leerlo en su mente, no en un papel): «Coge como los dioses»; ahora que sabía que no la amaba, los dioses, sin embargo, seguían ahí. Así que no era de su deseo de lo que huía, huía de su ternura. Cuanto más dulce y encantadora era Irina, más sufría por no amarla (porque la quería aunque no la amara; de hecho, la había querido incluso creyendo amarla) y por el dolor que le iba a provocar cuando le dijera la verdad, ya de regreso en casa, si es que lograba sostener su comedia de malabarista mientras estuvieran allí.

No lo angustiaba que el lazo figurado del matrimonio funcionara como un lazo real; no era eso. Ojalá hubiera sido nada más que eso. ¿Estaba asustado, tenía miedo? Podía ser, pero ¿miedo de qué? ¿De haberse casado *también* con la familia de Irina, por ejemplo? La madre de Irina, una *hippie* de sesenta años de longitud, no pretendía ni esperaba nada de él. Su lema era: «Dejar a la gente en paz». Para el padre, en cambio, un rico empresario de esencias femeninas (perfumes, cremas, desodorantes, jabones), el matrimonio funcionaba como lo había hecho durante décadas: para expandir la familia, o para ampliar la cantidad de trabajadores. Así que le había sugerido incorporarlo al plantel ejecutivo de una de las muchas sedes de su empresa, «la más cercana a tu casa». («¿Sabías que las personas que viajan mucho cada día tienen más posibilidades de separarse que los que viajan apenas minutos o los que no salen ni a tomar un poco de aire?»). Pero no era eso. ¿Los proyectos, las aspiraciones de Irina, no coincidían con los suyos? En parte sí y en parte no, como todo el mundo. Tampoco era eso.

Nunca había sentido la ilusión de *unidad* del enamoramiento; sí el enamoramiento, pero no esa fusión, ese espejismo en el que se sobreestiman las cualidades del otro. Irina era divina sin ilusión y él ya estaba completo. Por lo que el velo había caído sin borrar en su arrastre las semejanzas ni resaltar las diferencias. Podía decirse que el velo, más que caer, se había disuelto. ¡No la amaba! No había mucho más que decir. Sentía una mezcla de efectos físicos y morales pesada y desoladora: culpa, hambre (hambre sin ganas de comer, para colmo), remordimiento, cansancio, vacío, taquicardia...

Las rocas pasaban del violeta al plateado y producían tal sensación de irrealidad (atardecía) que por un instante ansió palpar la arena y comprobar que era auténtica.

Se le ocurrió que lo único que podía hacer para aliviar su padecimiento, a fin de tolerarlo mientras durara la luna de miel y no ser «descubierto», era declararse confundido y convencerse de que era verdad; una suerte de autosugestión. El recurso de la confusión voluntaria le daría un respiro, es decir *tiempo* (si para eliminar el cansancio hay que dormir, para resolver una confusión hay que pensar, y eso lleva su tiempo), aliviando hasta donde fuera posible la ansiedad que le producía mentir y simular. Volvió a la habitación.

Ya era de noche. Por recomendación de un botones del hotel, Wilson ofició de guía.

Durante el trayecto, empinado, zigzagueante, los invitó a unirse a una excursión de buceo que planeaba para el día siguiente. Instrucción mínima, aguas translúcidas, corales. Con ellos dos, si aceptaban, dijo, serían seis.

—¿Tiburones? —preguntó Carlos.

—Muy ocasionalmente.

—Paso.

—No hay nada que temer, son de este tamaño —Wilson separó un centímetro el índice y el pulgar.

Ya en la puerta de la cabaña, cuyo interior titilaba al ritmo pastoso de una vela, se ofreció a volver en dos horas para guiarlos de regreso. A Irina le pareció bien. Carlos (¡dos horas!) metió una mano en el bolsillo y le dio una propina.

—¿Drogas? —preguntó Wilson doblando el billete en dos.

—Marihuana —Irina.

—Ok. La traigo a la vuelta. No, no, no, de dinero hablamos después —agregó sin que nadie le hubiera ofrecido nada, amparado en la oscuridad, que le permitía malinterpretar un gesto inexistente en su favor. Dio media vuelta y empezó a bajar.

La señora del sombrero de paja y el hombre aceitado con los que esa mañana habían intercambiado miradas de asombro en la playa ocupaban la única mesa junto a la única ventana, ubicación privilegiada que a esa hora de la noche, sin embargo, carecía de sentido.

Irina los saludó alzando una mano. Carlos inclinó la cabeza.

Se sentaron. Una mujer descalza les alcanzó el menú. Carlos eligió cualquier cosa. Irina se tomó su tiempo. Cuando se decidió, por fin (sonaba todo tan rico, tan escrito), Carlos ya charlaba de mesa a mesa con los vecinos.

—¿Habían venido alguna otra vez?

—¿Acá?

—A la isla...

—No.

—¿Y acá, a comer acá?

—Menos.

—¿Novios?

—Recién casados.

—¡Pero caramba, brindemos!

Ella se llamaba Edna (como el volcán, pensó Irina) y él Carl, lo que dio pie a un breve intercambio de risas falsas masculinas.

—¿Quieren sentarse con nosotros? —invitó Carlos sorprendentemente.

Irina lo fulminó con la mirada.

Carlos se levantó y apartó una silla de la mesa.

—Edna, ¿no? —le preguntó a la mujer, acomodándole la silla en el trasero.

—Sí —dijo ella con una sonrisa—, como el volcán. Gracias.

No obstante el esfuerzo que al principio hicieron todos por estar a tono con el relax que proponía la cabaña, defecto de lo más común en gente que viaja con la idea fija de ser feliz, enseguida se pusieron serios. Carl había enterrado en la isla a su esposa cinco años atrás. Desde entonces, él y Edna volvían todos los veranos.

—Ah... pero, perdón —titubeó Carlos genuinamente confundido—, ¿no son marido y mujer?

—No, no, Edna y yo somos hermanos. Mi mujer, que también era la mujer de Edna, se llamaba Doris. Se ahogó acá.

Irina y Carlos cruzaron una rápida mirada en cámara lenta.

—No sé si entiendo bien —dijo Irina—. ¿Doris era su mujer y también la mujer de...?

—Edna —completó Carl.

—¿Quiere decir que...?

—Edna y yo hacíamos pareja con Doris, sí.

—¿Pero no me dijo recién que Doris era su esposa?

—Doris era mi esposa, Edna era y es mi amante, y al mismo tiempo lo era de Doris. En otras palabras: soy bígamo e incestuoso.

Era demasiado. Carlos ya no sabía qué pensar. Irina tampoco. Hundieron la cabeza entre los hombros, afligidos.

—Bueno —dijo Carlos un siglo después, rearmándose y echándose sobre el respaldo de la silla—. ¿Y cómo creen que hace ese chico para correr tan rápido sobre las piedras?

—No hay nada que uno mire corriendo... —empezó a decir Carl—. Mejor dicho: nada que uno mire a la carrera... No hay nada que uno mire mientras corre que no se parezca a lo que hay al lado. Mientras más rápido vamos, más se parece todo, estarán de acuerdo conmigo en eso. La velocidad hace que la realidad se alise. Lo descubrí andando en auto por las calles poceadas de mi barrio. Ahí está el secreto de ese chico. ¿Qué están leyendo?

—Nada, a último momento nos olvidamos los libros —dijo Irina—. ¿Ustedes están leyendo algo?

—Edna trajo una pila de novelas (ella después les contará, si quieren) y yo, bueno, me pongo al día con un montón de revistas de moda que traje de allá.

—¿De dónde son?

—¡De Buenos Aires, como ustedes!

—¿Y por qué entonces «Carl»?

—Bueno, no todos los argentinos nacimos en la Argentina. Yo nací en Boston.

—Así que revistas de moda...

—Es diseñador —aportó Edna.

—Diseñador, diseñador —protestó él—, ¡recién empiezo! Me gusta desde que era chico, fue lo que siempre quise y nunca pude hacer. Hasta que finalmente, con la muerte del papá de Edna...

—No crean que heredamos gran cosa —intervino Edna—, lo suficiente para vivir sin aprietos y para que Carl se dé el gusto de hacer vestidos. Empieza a irle bien.

—Edna hacía análisis de mercado —dijo Carl señalándola con el mentón. Ella se mordió el labio inferior y alzó la vista al cielo—. Es una experta hipercalificada en desarrollo de estrategias de comunicación. ¿Qué tal?

—¿Alguien sabe qué estamos comiendo?

—Yo no, pero es rico.

La charla siguió en esos términos hasta la llegada de Wilson. Irina y Carlos entrecruzaron besos y saludos de manos (y Carlos un último trago a la copa, ya de pie) y emprendieron el regreso.

No habían hecho ni cinco metros todavía cuando Wilson les entregó una bolsita de celofán con marihuana. La negociación por el precio fue brevísima: Carlos le dio lo que pedía y se desentendió del tema. Le dijo a Irina que durante toda la cena había tenido la sensación de que Carl les tomaba el pelo.

—Yo creí que el que le tomaba el pelo a él eras vos —dijo ella.

Carlos se sintió halagado, pero pensó que Irina lo adulaba para que no la culpara por haber elegido ese lugar, donde la habían pasado tan mal; él nunca le había tomado el pelo a nadie.

Estaban cansados. Carlos quería mirar un poco de televisión y dormir, terminar el día de una buena vez; Irina, hacer el amor y coronarlo.

—¿Falta mucho?

—¡Recién salimos! —dijo Wilson.

Carlos se calló, y siguió mudo hasta que llegaron al hotel.

Esa noche hicieron el amor. Irina se durmió antes que él.

Al día siguiente, cuando Irina despertó, vio a Carlos sentado en un banquito junto a la ventana, con la nariz a un centímetro del vidrio, pensativo. Estaba en calzoncillos, con una sola ojota puesta; la otra se había enganchado a una de las patas del banquito, y ahí seguía. Tenía las manos enlazadas sin fuerza, la espalda quemada hasta la mitad —la espina dorsal blanquísima, con todas las vértebras a la vista— y dos pliegues de piel sin carne en el cuello, montados uno sobre el otro. Le pareció diez años mayor de lo que era.

La piel de los codos también estaba arrugada. Siempre había sido flaco, y lo seguía siendo, pero su posición hacía aparecer, por encima del elástico ahora estirado del calzoncillo, una panza desconocida para ella. El pie desnudo estaba aplastado, como si buena parte del peso del cuerpo cayera sobre él, mucho más peso incluso del que soportaba el banquito. Con las uñas del otro pie, encogiéndolo y estirándolo los dedos, arañaba nervioso la goma de la ojota.

Lo llamó.

Carlos se dio vuelta y volvió a ser joven. Se levantó, desenganchó la ojota del banquito con toda naturalidad, como si nunca se hubiera sentado, y... se sentó.

—Ahí están otra vez los chicos de ayer —dijo a continuación señalando hacia afuera—. El rubiecito, no. ¿Cómo dijo Wilson que se llamaba?

—Carlos, vení.

—¿Adónde?

—Acá —Irina dio unas palmaditas en el colchón. Carlos se sentó en el borde de la cama—. ¿Dormiste?

—No sé.

—Cómo que «no sé».

—Sí, dormí bastante. ¿Vos?

—¿Qué tenés ganas de hacer?

—¿En qué sentido?

—Cómo «en qué sentido»...

—Irina, «cómo que no sé», «cómo en qué sentido»... ¡Me preguntás todo lo que digo! Tengo hambre. «Cómo que tengo hambre»... Y sí, tengo hambre.

Lo dijo sin fastidio, pero Irina se quedó callada mirando al techo. Carlos le apoyó una mano en el pelo.

Después del desayuno bajaron a la playa, donde Carlos pasó buena parte de la mañana observando a los chicos que probaban suerte en las rocas. Eran siete, cinco varones y dos mujeres, todos de alrededor de quince años. El número era variable, sin embargo; de tanto en tanto llegaban chicos nuevos, o alguno abandonaba el grupo. A veces se reunían al pie de las rocas y conversaban y se tiraban golpes con la mano abierta hasta que alguien por encima de ellos, concentrado como un gimnasta en lo alto de un trampolín, se lanzaba a la carrera. Entonces el grupo se desarmaba y lo seguían hasta que el agua les llegaba a la cintura, alentándolo.

—No alcanzo a darme cuenta si lo que quieren es que lo consiga, o si esperan que se caiga —comentó Carlos.

No hubo respuesta. Se dio vuelta y vio que estaba solo.

Irina se alejaba por la orilla mirando al suelo.

La llamó. Ella no lo escuchó; se agachó a recoger algo y siguió adelante.

Habían montado un pequeño campamento debajo de una sombrilla, con dos reposeras, un bolso con los utensilios para el mate y una toalla sobre la que Irina, después de un chapuzón solitario mientras Carlos miraba abstraído el espectáculo de

los chicos en las rocas, se acostó un rato boca arriba y un rato boca abajo antes de irse a caminar. Ahora medía diez centímetros de altura, y seguía alejándose.

Carlos volvió a los chicos. En ese momento uno de ellos empezó a correr. Lo hizo bastante bien al principio, durante unos diez o quince metros, hasta que resbaló y cayó de cabeza al agua. Mientras nadaba hacia la playa, un negrito que cambiaba de color al moverse, como tornasolado, ocupó su lugar en la roca de largada. Este no resbaló ni tropezó, pero corría tan despacio que parecía un principiante, y ninguno de los demás, ni siquiera Carlos, le prestó mucha atención.

Una hora después, cuando cada uno de los chicos ya había hecho por lo menos un intento, decidieron que era suficiente y se fueron caminando por la orilla en dirección al centro. La playa quedó desierta.

Carlos esperó media hora más y, como Irina no volvía, salió a buscarla. Pasó frente al bar rastafari. Estaban desarmándolo a toda velocidad. ¿Lo trasladaban al centro? Si era así, el asunto no dejaba de ser curioso, porque durante su primera noche en la isla lo había visto repleto de gente. Lo más probable era que, mudando el bar al centro, el dueño no pretendiera más gente todavía, sino aumentar los precios... Un rato después pasó al lado del muelle donde habían desembarcado al llegar. Se acercaba una lancha con un grupo de personas, todos con anteojos oscuros y gorritos insolados. Carlos creyó reconocer a Wilson al volante y apuró el paso.

Doscientos metros más allá dobló en la esquina de la isla y avanzó hacia el caserío donde el día anterior, o el anterior, ¿cuánto tiempo hacía ya que estaban ahí?, unos chicos golpeaban a un viejo. ¿Irina había llegado hasta ese punto, sola, y se había animado a seguir adelante? ¿O había vuelto por el camino al otro lado de la playa? No había nadie a la vista. A lo mejor los nativos dormían la siesta, o pescaban mar adentro...

Dejó atrás el caserío y llegó a un punto en el que la playa se angostaba hasta desaparecer, engullida por la vegetación.

La selva llegaba al agua. Irina era en general bastante temeraria, así que, por las dudas, Carlos examinó los alrededores en busca de un sendero por el que Irina hubiera podido meterse a curiosear y por el que hubiera terminado saliendo a las playas del otro lado, pero no encontró nada parecido. La vegetación era espesa, apretada. Se detuvo y gritó llamándola con todas sus fuerzas. El silencio que siguió a su llamado le resultó apabullante. Inquieto, dio media vuelta y emprendió el regreso. Caminaba tan rápido que le habría resultado más fácil correr.

Entró a la habitación llamándola. No estaba. Le preguntó al recepcionista si la había visto. No la había visto. Bajó al restaurante.

Edna y Carl chupaban con pajitas un líquido verde de un mismo vaso. Carl estaba de espaldas a la escalera, por la que salió Carlos como escupido, y giró sobre su eje

cuando Edna sacudió los dedos en alto, saludándolo. Carlos se acercó y les preguntó si la habían visto.

—¿A quién? —preguntó Carl.

—A Irina, a mi mujer. Salió a caminar y no volvió.

—Jurame que no la mataste.

—¡Por Dios, este hombre vive adentro de un chiste! —protestó Edna. Dio vuelta la cara y miró brevemente por la ventana y luego otra vez a su hermano, hijo.

—Mi amor —dijo Carl—, trato de decirle que no se preocupe, que ya va a volver, ¡me extraña! —Giró hacia Carlos—. ¿No se habrá ahogado?

Terminó de decirlo y se la vio venir. Y en efecto: Carlos lo agarró del cuello. Lo agarró con la mano del brazo lastimado.

Era la primera vez en su vida que hacía algo así, pero alcanzó a notar que el brazo estaba de nuevo en forma. Alcanzó a ver también la cara de estupor de Carl. Y la de Edna, que no parecía tan sorprendida como él; seguramente sabía que eso era algo que tarde o temprano iba a ocurrir, y lo aceptaba sin chistar, incluso disfrutándolo.

Carlos lo soltó.

—Mil disculpas —dijo—, estoy bajo presión.

Volvió a la playa. Irina tampoco estaba ahí.

No hacía todavía ni dos horas que se había ido. ¿Era mucho tiempo? «Una hora para allá y una hora para acá», se dijo, calculando. No, era un tiempo de lo más razonable. Irina llegaría de un momento a otro, ¿qué duda había? Sólo por ir a buscarla se había creado un motivo de preocupación. Si no hubiera movido un dedo, ahora estaría todo bien.

Se sentó en la arena.

Se levantó.

Fue hasta el cordón de rocas.

Pensaba pararse en la misma roca en la que los chicos empezaban sus carreras, desde donde podría tener una panorámica bastante generosa del contorno de la isla, y de paso, mientras esperaba la reaparición de Irina, curiosear un poco. Pero una vez allí se olvidó inmediatamente de todo, sorprendido por el tamaño del salto que debían dar los chicos para alcanzar la segunda roca, más pequeña y muy por debajo de la primera. No había nada más fácil que saltar y romperse la cabeza.

Con cuidado, se sentó y se deslizó de espaldas por la pendiente de la roca, lo más suavemente que pudo, usando los talones como frenos.

Ya en la hendidura entre las dos primeras rocas, con un pie torcido en el fondo del ángulo agudo que formaban en la base y tanteando allá y aquí con el otro en busca de apoyo, porque no había espacio suficiente para dos pies, se acomodó la malla, aflojándola apenas lo necesario para que los testículos volvieran a unirse, y trepó a la siguiente.

A partir de ahí parecía todo mucho menos complicado. El terreno se hacía uniforme, con una multiplicación de rocas apenas separadas unas de otras, y todas

más o menos de la misma altura.

Un vistazo al suelo le bastó para descubrir que los chicos no tomaban decisiones en el aire a cada salto; sabían perfectamente en qué roca —y en qué punto de cada roca— apoyarse a continuación: el camino estaba señalizado por el uso. No convenía pisar las opacas; las que sí, brillaban al sol como lustradas. Pero no se aventuró.

Unos metros más allá el cordón se ensanchaba de golpe y las rocas volvían a separarse. Los desniveles eran tan pronunciados que no podía entender cómo hacían, Zumo en particular, para volar por aquel sector en línea recta, y siempre a la misma altura. Recordó que Carl había dicho algo sobre el asunto, pero el recuerdo estalló como una tontería de jabón cuando oyó la voz de alguien que se acercaba pidiendo ayuda.

Era Zumo. Le hacía señas, llamándolo.

Estaban a treinta metros de distancia uno del otro.

—¿Qué pasa? —preguntó Carlos.

Zumo repitió la seña, ahora con impaciencia; no era momento de explicaciones. Carlos saltó hacia una roca que lo recibió con un temblor, aunque era enorme... Ya estabilizado, dio un nuevo salto hacia adelante, y otro, y uno más. Con cada salto ganaba confianza, pero la evolución de su *performance* en dirección de Zumo fue cada vez más lenta, insegura, meticulosa.

—¿Qué pasó?

Zumo le pidió que lo siga. Lo siguió.

—¿Qué hay? —preguntaba a cada rato.

El cordón se ensanchaba, se encogía, subía y bajaba, se inclinaba a un lado y al otro. Saltaron árboles enanos, precipicios playos donde el mar golpeaba con fuerza y la espuma tardaba en disolverse.

Zumo se detuvo y señaló hacia abajo.

Ahí estaba Irina, despatarrada en un claro de arena.

A Carlos se le paró el corazón. Saltó, cayó bien —aunque trastabilló al dar un paso hacia ella y una vez más al acuclillarse a su lado— y comprobó que respiraba. La examinó de arriba abajo. No tenía nada. Nada visible, por lo menos.

Le echó agua en la cara. Irina volvió en sí con un ojo más abierto que el otro, y Carlos le ordenó que no se moviera. Ella se incorporó de todos modos, primero sobre un codo y después apoyando una mano encogida en el suelo, hasta que quedó sentada.

—Me resbalé, me parece que me golpeé la cabeza... —dijo tocándose la en zigzag con tres dedos, como si no encontrara el lugar del golpe, o como si el golpe hubiera sido tan grande que no pudiera abarcarlo.

Carlos le preguntó si se sentía bien. Ella dijo que sí y volvió a desmayarse.

Subía la marea.

La alzó. Enseguida se dio cuenta de que llevándola en brazos no tenía ninguna chance de trepar la roca desde la que había saltado.

En cuclillas por encima de ellos, Zumo escupió el pastito que tenía entre los dientes y bajó a ayudarlo. Agarró a Irina de las piernas, y lo guió por un sector de piedras escalonadas, resbalosas y cortantes, que nunca o casi nunca usaba nadie.

Les dio mucho trabajo llegar de nuevo arriba. La acostaron de espaldas sobre una roca. Unos segundos después Irina entreabrió los ojos y dijo que se quemaba. La alzaron y la llevaron hasta una roca en sombras.

Zumo se ofreció a ir en busca de ayuda.

—No hace falta —dijo Irina—, estoy bien. Déjenme respirar...

Pero a una seña de Carlos, Zumo salió disparado hacia la playa.

Reapareció unos minutos después en compañía de tres chicos que había encontrado reunidos al comienzo del cordón.

En ese momento, temiendo que Zumo no volviera, Carlos le hacía señas desesperadas a un velero que pasaba a un kilómetro de distancia. Su alivio fue tan grande al ver a los chicos que palmeó a uno en la espalda y a otro en la cabeza. El primero reaccionó como si acabara de rozarlo una anguila eléctrica.

Alzaron a Irina entre todos y subieron y bajaron a lo largo del cordón sin ningún inconveniente, excepto por Carlos, que llevaba la cabeza de Irina entre las manos y los retrasaba con sus tropiezos y caídas. Zumo tuvo que pedirle que la soltara: se encargaban ellos.

Finalmente la dejaron en la playa y se esfumaron.

—¿Podés caminar?

—Por supuesto —dijo Irina levantándose.

Carlos le agarró un brazo, lo echó sobre sus hombros y con el otro la tomó de la cintura. Irina se desprendió fastidiada.

—Estoy bien.

—Nos vestimos y vamos al continente.

—No hace falta, estoy bien.

—Irina, te golpeaste la cabeza, te desmayaste...

Irina se frenó en seco. A Carlos le llamó la atención la fuerza con que lo agarró de un brazo, y también su mirada, que sintió como si le hubiera puesto la mano libre en la cara:

—¿No me escuchás?

Irina terminó de ducharse y se tiró completamente mojada en la cama. Carlos le hizo masajes; era un masajista torpe, pero ella se adaptó a sus dedos como un guante, y enseguida se quedó dormida.

No era conveniente dejar dormir a una persona que se ha golpeado la cabeza, así que la despertó unos minutos después y le dijo que había dormido una hora. Irina lo miró como si no lo conociera (él la saludó con la mano abierta, sacudiendo los dedos)

y volvió a dormirse. Despertó a media mañana del día siguiente. Estaba mejor que nunca.

Fueron al centro. Carlos la agarró de una mano y la ayudó a pasar por entre las rocas que dividían la playa, sin soltarla en ningún momento. Se quedaron todo el día allí. Tomaron sol, nadaron, caminaron a paso de hormiga por la calle comercial, volvieron a la playa, charlaron un rato con una mujer de sesenta años y con su novio, treinta años menor que ella; un día normal. Al atardecer entraron a un bar y comieron y bebieron lo mismo que comían y bebían todos y, también como todos, hablaron de nada a los gritos por encima del ruido, una mezcla de charla y batería; lo único suave era la luz, diversificada por los múltiples planos del lugar, lleno de desniveles, con tarimas, entresijos y un laberinto de escaloncitos que llevaban casi exclusivamente de mesa en mesa.

En el camino de regreso, ya de noche, fumaron un cigarrillo de marihuana que Irina armó sin detenerse, con gran habilidad. Le pidieron fuego a la única sombra viva con la que se cruzaron durante el trayecto y le pagaron con una larga pitada.

En la playa frente al hotel, Irina se desnudó para meterse al agua. Carlos se opuso. Discutieron, ella riéndose mientras se sacaba la bombacha y él agarrándola de un brazo y del otro. Irina se soltó, corrió y se tiró de cabeza al mar. Carlos no tuvo tiempo ni de sacarse las zapatillas; asustado, la siguió hasta que el agua le llegó a la cintura.

—¡Está buenísima! —escuchó.

En ese momento dejó de verla. La llamó dos veces, las dos veces con el mismo grito. Pero Irina no salía. Se sumergió y nadó hasta el punto donde la había visto por última vez, manoteando desesperado el agua a un lado y a otro con los ojos abiertos en la oscuridad. Un momento después sacó la cabeza para respirar y oyó que Irina lo llamaba. Que la oyera fue más que nada una casualidad, porque su nombre era más largo que la bocanada de aire que tomó antes de sumergirse otra vez.

Irina estaba acostada en la orilla, apoyada sobre los codos.

Carlos braceó hasta que pudo arañar el fondo con los pies, y enseguida con las manos, y se desplomó al lado de ella resoplando.

—¿Por qué —le dijo— me hacés esto...?

—¿Por qué te hago qué? —preguntó ella con un cantito. Se le subió encima y lo besó—. ¡Epa! ¡Mucha queja, mucha queja, pero qué bien parada que está!

—Son los nervios...

—No te muevas —le dijo de pronto Irina al oído.

—¿Qué hay...?

—Shh, quieto.

Carl caminaba en dirección a ellos, solo. Avanzaba despacio, con los brazos cruzados sobre el pecho. ¿Los había visto? ¿O fingía que no, y se acercaba adrede?

—¡Hola! —dijo cuando casi tropezó con ellos. Irina, desnuda, respondió al saludo sin despegarse del pecho de Carlos—. Pensé que había una foca... Qué noche más

preciosa.

—Carl —dijo Carlos dando vuelta la cabeza—, ¿no ve que estamos en un momento de...?

—¡Ah, Carlos! —exclamó Carl—. ¡Perdón! ¡Hubiera jurado que no era usted!
Dio media vuelta y se alejó a paso rápido, pasos cortos e irregulares.

—Eso fue insultante —dijo Irina.

—Decímelo a mí.

—A mí me dijo poco menos que puta.

—Y a mí, cornudo. Y a los dos juntos, foca.

Irina pensó en reírse, como si tal cosa fuera posible, pero se mantuvo seria y unos segundos después volvió a besarlo. En ese preciso momento Carlos revivió un detalle que hasta entonces no había notado... La barcaza que los traía a la isla se acercaba al muelle. Carlos, ansioso, se había levantado justo cuando el capitán ordenaba que nadie se moviera de su asiento todavía. Volvió a sentarse, ligeramente avergonzado, y su mirada se encontró con la de Irina, que decía: «Quiero que sea maravilloso». Él la entendió en el acto, pero desvió la vista y miró para otro lado hasta que la barcaza, por fin, golpeó contra el muelle. Todavía no sabía que no la amaba.

Se puso el uniforme —malla, ojotas, los anteojos enganchados al cuello de la remera— y bajó al restaurante.

Un mozo le dijo que Irina había estado ahí hasta hacía media hora.

Debía haber bajado a la playa, y pensó ir a buscarla, pero a último momento se le ocurrió que a lo mejor había ido a caminar, es decir que no la encontraría, y que él debería subir de nuevo los ciento treinta escalones para hacer lo que podía hacer ya mismo, sin vueltas: desayunar.

Paseó la vista por el salón. No había nadie, por lo que le resultó difícil elegir dónde sentarse. Se sirvió una taza de café, cargó un plato con varias rodajas de jamón y un par de medialunas y ocupó una mesa junto a los ventanales que daban a la playa. Irina y Zumo estaban parados en el cordón de rocas.

Alzó las cejas y dejó de masticar, sorprendido. ¿Qué hacía Irina otra vez ahí? ¿Quería terminar de romperse la cabeza?

Zumo dio tres saltos hacia adelante, sobre tres rocas distintas. Irina lo imitó. A continuación, Zumo señaló hacia abajo, apenas por delante de donde estaban, y enseguida más allá. Y volvió a saltar.

Saltaba en cámara lenta, como explicándose; revelaba la posición de los brazos, la inclinación correcta del cuerpo y el impulso que debía imprimirle al salto. Irina tomó aire, se inclinó hacia adelante y saltó tras él. Carlos contuvo el aliento.

¿Había tres metros entre una roca y otra, cuatro?

Irina apoyó un pie en la roca sobre la que estaba Zumo y perdió el equilibrio. Zumo la agarró de un brazo. Carlos soltó el aire. A partir de ahí el terreno debía ser

bastante uniforme, porque se lanzaron los dos a la carrera, hasta que ya no pudo verlos.

En sus retinas quedó impresa la imagen de una Irina despreocupada y feliz, jugándose los huesos en compañía de un chico que hacía de maestro mientras él comía sin hambre en un salón solitario. Un extraño, cualquiera que pasara por ahí y la viera se sentiría inmediatamente atraído por ella. ¿Por qué no él?, pensó. ¿Y por qué no otro?

La idea de que alguien se la robara, liberándolo y salvándola, lo ilusionó y deprimió en partes iguales. Bajó la vista sobre el plato y se entretuvo uniendo con líneas imaginarias los restos del desayuno, cascaritas quemadas y migas de las que no resultaba ninguna figura conocida. Bebió su café, se sirvió otro.

Un rato después Irina entró al salón. Traía el vestido doblado en un brazo y las ojotas enganchadas a un dedo. Carlos echó un rápido vistazo alrededor, incómodo. ¿Podía entrar descalza y en bikini? Ninguno de los tres empleados —dos mozos apoyados en la barra y uno del otro lado que leía algo en un papelito muy pequeño, quizá un *ticket*— hizo el menor movimiento.

Irina evitó besarlo; estaba transpirada de arriba abajo. Se sentó a la mesa sólo para decir que venía de correr con Zumo y que iba a darse una ducha y enseguida volvía; agregó:

—Esperame.

¿Y adónde iba a ir?

Volvió con el mismo vestido, ahora puesto, y el pelo todavía húmedo atado en una trenza que fue secándose y desarmándose mientras le contaba su aventura con Zumo. Sonaba como lo más divertido que había hecho desde que estaban ahí.

Al restaurante, mientras tanto, iban llegando parejas de mediana edad, de mediana edad para arriba, todas con ese halo de hambre automático que es parte del programa; Carlos enderezaba la espalda cada vez que se abría la puerta del ascensor. Irina le preguntó qué le pasaba.

—Lo agarré del cuello a Carl.

—¿¡Qué!?

Carlos apretó los labios.

—¿Qué pasó?

—Me hizo un chiste y no me gustó.

—¿Cuándo?

—Ayer, cuando te estaba buscando.

—¡Pero Carlos...! —dijo Irina y echó la cabeza hacia atrás.

La puerta del ascensor volvió a abrirse. Esta vez salieron dos mujeres. Era una ruleta rusa. Carlos estaba cada vez más tenso.

—¿Vamos? —dijo—. En cualquier momento va a venir a desayunar. No hay problema, pero le voy a tener que pedir disculpas y la verdad que no tengo ganas.

Salieron. En la puerta se encontraron con Wilson, que se mostró ofendido porque no habían ido a la excursión que les había propuesto, y al mismo tiempo contento de encontrarlos: no podían fallarle otra vez. En una hora —miró su reloj— salía con un contingente de jóvenes, harían buceo, prenderían un fuego y comerían con las manos en una isla vecina.

Irina aceptó en el acto. Carlos, también en el acto, se resignó.

—¡Lleven sombrero! —aconsejó Wilson y fue a sentarse con una señora solitaria de pelo negro y azul.

—Tengo toda la sensación de que este (por Wilson) ofrece servicios sexuales —dijo Carlos—. Primero las lleva a bucear...

Un rato después, ya en la lancha, Irina hizo buenas migas con las tres señoras (europeas, noruegas) que eran parte de la excursión, calculando lo que pagarían más tarde por el servicio privado de Wilson. «¿Están las tres en la misma habitación?», lo había escuchado preguntarles. «Nosotras dos», respondió una de ellas, y agregó con una risita señalando a la tercera: «Ella ronca». Wilson se dio vuelta sin soltar el volante: «¿Cuál es la que ronca?».

Carlos no participó en nada. No buceó (hicieron snorkel, en realidad, una pequeña estafa compensada con la visión de corales y cardúmenes de peces multicolores), no habló con nadie y casi no comió, atento a los monos que bajaban de los árboles a pedir limosna. Les dio prácticamente todo su plato.

Ya de regreso en el hotel se tiró de espaldas en la cama.

Irina le preguntó:

—Te aburriste —obviando los signos de interrogación.

Carlos se puso de costado en la cama y estiró el cuello para mirar afuera por la ventana, como si hubiera escuchado mal.

Posados en la baranda del balcón había dos pájaros, uno negro, esponjoso, de ojos grandes, y el otro anaranjado, de pata larga (la otra debía estar encogida), pico curvo y flequillo verde.

Irina se sentó en la cama y le dijo en voz baja, casi en un susurro:

—¿Qué tenés?

—¿En qué sentido?

—¿No la estás pasando bien? —ahora el tono de pregunta sobraba.

—Sí, sí —dijo él. Hizo una pausa y añadió—: Sí.

Al día siguiente, durante el almuerzo, Carlos alcanzó a ver a Zumo, que los espiaba por una ventana lateral del restaurante.

Irina alzó la vista cuando se lo dijo, pero Zumo ya no estaba ahí.

Esa tarde lo encontraron en la playa. Estaba solo, sentado en la orilla.

Los oyó acercarse.

—¿Corremos? —dijo cuando se dio vuelta y vio que la que llegaba era Irina.

Carlos venía un paso atrás de ella diciendo que no con un dedo.

—¿Por qué?

—Porque no —dijo Carlos.

Siguió de largo mientras Irina se sentaba al lado de Zumo y se metió al agua.

—¿Es tu dueño? —le preguntó Zumo.

—Mi esposo. Todavía me duelen las piernas...

Carlos nadaba a desgano, con brazadas largas y lentas. Zumo lo miró sin verlo durante unos segundos, callado. Después se levantó y empezó a irse. Irina, que el día anterior había pasado unas horas de lo más entretenidas con él, relajados como si se conocieran desde siempre, le preguntó adónde iba. Zumo no se dio vuelta ni para hacer un gesto.

Llovía y se quedaron a cenar en el hotel. Un mozo se acercó a la mesa trayendo en las manos algo que parecía una pelota de musgo. Dijo que era una fruta, obsequio de un chico de la isla. Tras una breve descripción del chico, llegaron a la conclusión de que era Zumo.

—¿Lo conocen?

Dijeron que sí. El mozo se ofreció a indicarles (dijo que tenía «la obligación» de indicarles) qué partes de la fruta podían comer y cuáles no.

La abrió al medio con un cuchillo. La cáscara era dura y estaba cubierta de pelos, pero el interior era blando y pulposo, de un rojo brillante. Quedaron a la vista tres grandes semillas moradas, como uvas, envueltas en una membrana carnosa transparente, que debían evitar: era veneno. En contraste, la parte comestible, la pulpa roja, tenía propiedades curativas para todo tipo de dolores, menos para los que ella misma producía.

—Es una fruta muy codiciada. Los árboles tardan años en madurar, y cada árbol da apenas dos o tres de estas, y a veces nada más que una. Pueden considerarla una gema y comerla sin temor, cuidando evitar la carne que cubre las semillas. Son muy tentadoras. Todavía hay pájaros que no aprendieron y caen fulminados.

Carlos estaba pálido. ¿Zumo los había querido envenenar?

—Le dije que me dolían los músculos de las piernas —dijo Irina.

Quedaron un rato observando la fruta despanzurrada sobre la mesa hasta que por fin, desafiados por su exclusividad, se animaron a probarla, Irina primero, Carlos después, ella con dos dedos, él con un tenedor.

El mozo no había exagerado: era deliciosa. Nunca habían probado nada tan rico. En la lengua era dulce y al morderla dejaba escapar unas burbujas amargas que estallaban ruidosamente, como si fuera una fruta gasificada; la boca se llenaba de un jugo más liviano que el agua —por lo que debían sellar herméticamente los labios a fin de no chorrear— y de sabor cambiante: banana, mango, ciruela, melón, etcétera.

Carlos se levantó para ir a preguntarle al mozo el nombre de la fruta y volvió a sentarse.

Edna salía del ascensor. Venía sola. Estaba pálida, ojerosa y desaliñada. Daba la impresión de no haber dormido.

Había muy poca gente en el restaurante. La lógica indicaba que Edna se acercaría a saludarlos, pero los miró como si no los viera o como si no los reconociera y ocupó un lugar a tres mesas de distancia. La distancia, tan corta, acentuaba lo extraño de su actitud.

—Ahí está el resultado de agarrar a su marido del cuello —dijo Irina en voz baja.

Pero Edna no parecía hostil sino indiferente. Tenía la mirada perdida y aun así fija en algo, una nada sólida en algún punto al otro lado del salón.

Irina sugirió una disculpa, era lo correcto. Carlos estuvo de acuerdo, pero dijo que lo haría con Carl en persona cuando llegara. Carl aparecería de un momento a otro. A propósito: ¿no era mejor irse antes?

Esperaron un rato y ni noticias de Carl. A lo mejor se habían peleado, a lo mejor Carl seguía durmiendo todavía. ¿Qué importaba? Se levantaron. Saludaron a Edna con la mano (ella achinó los ojos como una ciega ante cosas que se mueven) y caminaron en fila india por entre las mesas en dirección a la puerta.

Antes de salir, Carlos echó un vistazo para atrás. El mozo recogía los restos venenosos de la fruta; Edna, ahora sí, respondió al saludo, ya muy tarde e inexpresivamente. Él repitió el suyo.

Fueron a ver al pintor internacionalmente respetado. Era un viejito de un metro de alto, con dreadlocks que le llegaban a la cintura, por lo que parecía una araña. Vivía en una choza a cien metros sobre la ladera del volcán, en un sector tan empinado que últimamente sufría de vértigo, por lo que casi no salía. Si salía, iba para arriba.

Lo encontraron sentado en un tronco en la parte trasera de la choza, con la espalda apoyada en la pared, mirando la cima del volcán. Fumaba un cigarrito de hoja incrustado en una larga boquilla de caña.

Se alegró con la visita. Enseguida los hizo pasar. Irina y Carlos no vieron ni pinceles ni bastidores, nada que indicara que estaban en la casa de un artista. El viejito captó al vuelo la expresión de sorpresa de sus caras y dijo que hacía mucho tiempo ya que no pintaba, excepto si alguien, presente, se lo pedía. Irina asintió. A continuación, el viejito abrió una caja y sacó un pincel y un frasco de tinta. De debajo de la mesa, donde seguramente había un estante, extrajo una hoja de papel blanco.

—¿Algún tema en particular? —preguntó.

Irina y Carlos se encogieron de hombros, descolocados. Después, mientras Carlos se inclinaba sobre un dibujo muy pequeño ensartado en una paja que sobresalía de la pared (círculos y líneas zigzagueantes arrojadas al azar sobre el papel y firmadas *Roberto Matta, 1972*), el viejito mojó el pincel en la tinta y, sosteniéndolo en posición

vertical entre el pulgar y los otros dedos, con un trazo único y tan fluido que parecía involuntario —un truco de la maestría— pintó un grupo de cañas sólidas y perfectas.

Su dominio de la carga de tinta en el pincel era extraordinario: trazaba las cañas de adelante con el pincel recién mojado; las de atrás, a medida que el pincel se iba secando. Y lo hacía con el codo (pintaba con el codo), suspendido libremente, dejando la muñeca rígida. Irina, que de chica había estudiado dibujo (además de baile, piano, teatro, zapateo americano, inglés, etcétera) y que se había cansado de copiar jarrones y láminas de paisajes muertos, quedó pasmada con su habilidad, y más todavía por el hecho de que en ningún momento había levantado la vista del papel en dirección a su «modelo».

Ante el asombro de Irina, el viejito dijo (jactanciosamente, pensó Carlos) que se había entrenado para representar de memoria todo cuanto le había sido dado observar a lo largo de su vida, que no era mucho, por lo que no había motivo alguno para adjudicarle ningún mérito en particular.

—¿Sería tan amable de hacer otro? —le preguntó Irina.

El viejito sacó una nueva hoja y pintó la cima del volcán con un anillo de selva alrededor. Se rió.

—Este es un poco fantasioso —dijo.

En efecto, el volcán aparecía como visto desde arriba, desde el aire.

No tuvo ganas de hacer un tercer dibujo. Dijo que se le habían terminado las hojas, pero era evidente que estaba cansado; aunque cada dibujo le llevaba menos de un minuto, para hacerlos invertía años de observación.

Carlos le dio un billete de diez dólares. A un codazo de Irina, le dio otros diez. Y diez más a pedido del viejito, que se inclinó ante él con la mano abierta. Usaba una parte del dinero para comprar tinta y tabaco, y el resto para pagarles a los chicos que le iban a hacer la compra.

Mientras salían de la choza, Irina le contó que en el hotel les habían dado un folleto donde se decía de él que era un artista internacionalmente reconocido, pero el viejito ignoraba el significado de los términos «internacional», «folleto» y «reconocido». Nunca había salido de la isla. ¿Cómo podían entonces salir sus pinturas?

—Bueno, nosotros nos llevamos dos —dijo Carlos.

—Felicidades —contestó el viejito.

A mitad de camino durante el regreso al hotel, Irina creyó excitante hacer el amor en la selva. De parados, contra un árbol. Irina sostenía los dibujos colgando sobre la espalda de Carlos. No estuvo mal.

Ya en la habitación, Carlos se dio una ducha (nunca se había bañado tanto: tres y hasta cuatro veces al día) y se tiró en la cama sin culpa ni remordimiento, con intención de sestear, no de huir. Cinco minutos después roncaba.

Irina se puso un vestido de una sola pieza (literalmente se lo echó encima), cerró las persianas para que el sol, a pleno sobre la cama, no lo quemara, más que para protegerlo de la luz, y, con las sandalias enganchadas a un dedo, bajó a la playa.

Como de costumbre, no había nadie, o casi nadie. A su izquierda, lo suficientemente lejos para no sentirse en la obligación de saludar, ni siquiera alzando un brazo, Wilson, de sunga y anteojos negros, cubría de bronceador la espalda de una mujer acostada y aun así de gorro. A la derecha, apareciendo por detrás de una roca, vio a Zumo y a un grupo de chicos y chicas que lo rodeaban y que parecían discutir con él. No él con ellos. Zumo trataba de abrirse camino, con la vista gacha. Daba un paso a un lado y a otro y los chicos lo seguían, siempre rodeándolo. De pronto consiguió escabullirse y empezó a correr por la orilla.

Lo alcanzaron enseguida. Resultaba curioso que fuera capaz de correr tan rápido sobre las rocas y que en tierra firme, por decirlo de alguna manera, no hubiera podido aventajarlos. Uno de los chicos lo golpeó. Otro giró hacia el que lo había golpeado, le puso una mano en el pecho y lo apartó del grupo; no obstante eso, era evidente que Zumo estaba en problemas. Irina fue hacia allí gritando que lo dejen.

Los chicos se dieron vuelta al escucharla y Zumo aprovechó la distracción para escapar. Esta vez corrió hacia las rocas. Le bastó con poner un pie en el punto de largada para que los otros abandonaran la persecución y volvieran sobre sus pasos, algo que Zumo no pareció advertir: corrió hasta perderse de vista.

Una hora después no había vuelto todavía. Para Irina ya era suficiente espera, suficiente sol y suficiente soledad, y volvió al hotel.

Wilson estaba sentado a la barra del *lobby* (en compañía de una señora delgadísima que en ese momento se reía con ganas, aunque sin sonido), de saco y pantalón al tono y peinado para atrás. Le extrañó, porque acababa de verlo en la playa. Así que: o el de la playa no era Wilson, o ella se había dormido sin darse cuenta, y no había estado una hora al sol sino dos, o más (lo suficiente para que Wilson se vistiera y llegara a su segunda cita en el hotel). Evitó saludarlo. Evitó también el ascensor; se zambulló en la escalera como si llegara tarde a alguna parte.

Encontró a Carlos en calzoncillos, reclinado contra el respaldo de la cama. Acababa de despertarse. Tenía todavía la expresión de quien cree que la vida debería ser un sueño.

Mientras Carlos buscaba el pantalón alrededor de la cama, Irina propuso algo que se le había ocurrido subiendo la escalera: ¿qué tal si compraban algo y se iban a comer con el pintor?

Era una idea extraordinaria, a tal punto que Carlos la miró por encima de un hombro y le preguntó si estaba mal de la cabeza. ¿Cómo iban a hacer para bajar de noche por la selva? Caía el sol. Pero la idea le gustó. Fueron al día siguiente.

A mitad de camino se desviaron un segundo, un metro, para ver algo, y cuando quisieron volver no supieron por dónde. Estaban perdidos; así de rápido hay que decirlo porque así de rápido sucedió.

No pasó mucho tiempo hasta que Irina se puso a llorar, ganándole de mano a Carlos, que no tuvo más remedio que contenerla. Fueron para allá y para acá mirando al suelo y al cielo y tensando las narinas como animales, sin ningún resultado. La desesperación aumentó mientras bajaba el sol. Estaban aterrados. Gritaron. Primero Carlos, enseguida Irina, después los dos a la vez.

Nada.

Subieron, bajaron, fueron en una dirección y en otra, pero la selva, miraran adonde miraran, era siempre igual a sí misma. Agotados, comieron lo que habían planeado compartir con el pintor y bebieron una botella de cerveza. Llevaban dos. Hacía mucho calor y estaban muertos de sed, pero creyeron conveniente guardar la otra botella, por si no encontraban la salida tan pronto como querían.

Por temor a los animales, a todos los animales, todos imaginarios, pasaron la noche arriba de un árbol, abrazados a las ramas, sin pegar un ojo. Al amanecer bajaron y se permitieron un rápido sueño en tierra firme.

—No lo puedo creer —dijo Irina antes de quedarse dormida. Su cabeza cayó sobre las piernas de Carlos.

Un rato después él le apoyó una mano en el pelo.

—Sí, vamos —dijo ella abriendo los ojos.

Caminaron todo el día.

Al atardecer vieron de pronto, veinte o treinta metros por debajo de ellos, a un hombre acuclillado en la ladera, sobre una saliente, desnudo de la cintura para arriba y con un traje de buzo de la cintura para abajo. Lo llamaron. El hombre alzó la vista desganado, como si no creyera en lo que escuchaba. Acto seguido, se puso de pie de un salto y les indicó por dónde bajar.

Ya frente a frente los abrazó, los abrazó a los dos al mismo tiempo, diciendo «gracias» una y otra vez. Cuando supo que Irina y Carlos no venían a rescatarlo, se dejó caer de nuevo en la saliente y dijo:

—Bueno, por lo menos no estoy solo.

Se llamaba Leandro Pinkus y hacía ya más de un mes que vagaba perdido por la selva, alimentándose de insectos, huevos de pájaros y tubérculos y bebiendo el agua de lluvia que se juntaba en las hojas enroscadas de ciertas plantas como copas de *champagne*. ¿Lo buscaban todavía? Carlos no lo sabía; Irina dijo haber visto días atrás, desde la terraza del hotel, y una vez más desde la playa, a un grupo de personas que subía la montaña en fila india, pero no podía asegurar que fueran rescatistas y no turistas, como había pensado en aquellas ocasiones. De todos modos, dijo, en el hotel no tardarían mucho en advertir que faltaban dos de sus huéspedes, y saldrían a buscarlos. Pinkus hizo un chasquido con la lengua, escéptico.

—¿Tienen algo para hacer fuego, un fósforo, un encendedor?

No, pero igual se palparon los bolsillos. Era una suerte haber salido en pantalones, y no en malla y de vestido, como solían hacer; la selva era filosa, las hojas cortaban, por todas partes había espinas. Tenían los *jeans* arañados de arriba abajo. El traje de buzo, dijo Pinkus, le había evitado millones de picaduras, además de protegerlo del frío durante la noche. Desde luego, no lo llevaba puesto el día que se perdió; colgaba de su brazo. Ese día iba a bucear con dos amigos. Mientras esperaba a que llegaran, decidió echar un vistazo en los alrededores, y subió por un angosto sendero que en determinado punto hizo dos cosas a su juicio conscientes: se ensanchó de pronto, cerrándose por delante, y desapareció por detrás. Supo en el acto que estaba perdido y gritó hasta quedarse sin voz. Lo peor de todo fue que, aun sabiendo que debía caminar hacia abajo, porque hasta ese momento había subido, bajaba y estaba cada vez más arriba, y también más adentro.

—Igual —dijo Carlos— tendríamos que ir para arriba, buscar un lugar desde donde podamos ver algo que nos sirva para orientarnos...

—Ya lo hice.

—¿Y?

—Es todo verde. Ni el mar se ve. ¿No sienten olor a cerveza?

—Somos nosotros —dijo Carlos—. Teníamos dos botellas, tomamos una ayer y la otra hace un rato. Vamos, tenemos que movernos.

—Si no hay nada mejor que hacer... —suspiró Pinkus levantándose—. Vengan por acá. No, por ahí no, por ahí vine recién.

Pinkus marchaba adelante. El torso desnudo, el traje de buzo colgando de la cintura para abajo, los pies envueltos en una especie de soga plana, apenas trenzada, por entre la que podían verse las suelas de goma de unas zapatillas deshechas. Su paso era rítmico y seguro, de extraviado experto. Se detenía a cada rato para ahorrar energía y no deshidratarse, o para beber un poco de la savia que exprimía de algunas plantas, o para inclinarse a estudiar con un oído y con el otro una piedra antes de alzarla, como escuchando los latidos del corazón del gusano que había debajo.

Irina y Carlos habían comido el día anterior y aun así estaban hambrientos, pero no lo suficiente todavía como para compartir las hormigas que Pinkus pescó introduciendo un palito en la boca de un hormiguero. Hacía horas que caminaban sin encontrar nada distinto de lo que habían visto durante el primer paso, y el hallazgo fue, para Pinkus, una fiesta y un festín. Cuando terminó (se había comido el hormiguero entero), atardecía. Mejor sería decir que atardeció, porque duró un minuto. La noche cayó de golpe, tan rápida que hasta la luna quedó atrás. Durante ese tiempo, sin embargo, Pinkus se dio maña (era tan hábil) para hacer un refugio con palos trenzados y techo y colchón de hojas, en el que apenas cabían los tres. Carlos se ubicó en el medio.

—Duerman —dijo Pinkus—, háganme caso, mañana me lo van a agradecer.

El comentario les hizo notar que en todo un día apenas si habían cruzado palabra. Irina ni siquiera había abierto la boca. ¿Estaba en *shock*, o solamente aterrada?

Carlos se puso de costado, dándole la espalda a Pinkus, con intención de abrazarla y tranquilizarla, y la encontró de frente.

La oscuridad era total, pero sintieron que se miraban. Irina le puso una mano sobre la oreja y le dio un beso en el mentón, errándole a todo.

—Mañana salimos —dijo en un susurro.

—Eso si ahora descansan —añadió Pinkus.

Al día siguiente, apenas se levantaron (sin saludarse, sin echar siquiera un vistazo alrededor en busca de algo masticable, aunque comieron un hongo arrancado al pasar), caminaron diez metros y encontraron una aldea.

—No es posible —dijo Pinkus.

Frenó de golpe al verla, y Carlos, que venía detrás, se lo llevó por delante. Era al mismo tiempo un milagro y un gag. A lo lejos, al otro lado de una profunda hondonada de laderas simétricas, que se repetían detalle por detalle como ante un espejo, sobre una colina de vegetación sofocante asomaban algunos techos y una columna de humo. Sí, era una aldea. Se abrazaron.

Medio segundo después ya corrían ladera abajo. Atravesaron la hondonada y escalaron la colina, pero al llegar vieron que la aldea no estaba ahí. Carlos se dio vuelta a escupir, desorientado, y descubrió que la aldea estaba abajo, a su izquierda. No lo podía creer. ¿Se habían pasado de largo?

Bajaron, otra vez corriendo, y volvieron a pasarse: la aldea estaba a la derecha, ahora un poco por encima de ellos. No podía ser. ¿Se pasaban de largo o era una aldea móvil? También podía ser un espejismo. ¿La selva producía espejismos?

—Sentémonos un minutito —dijo Pinkus—. Déjenme pensar.

Y se sentó y pensó.

Pero pasaba el tiempo y no decía nada, así que Carlos tomó a Irina de un brazo y la llevó de nuevo hacia arriba. «¿Nosotros comimos del mismo hongo que él?», le preguntó en voz baja mientras subían. Irina dijo que sí. Pinkus los alcanzó enseguida.

Esta vez no acertaron. Salieron a un claro bastante civilizado —una calle en línea recta de unos doscientos metros de largo—, con chozas de adobe y paja a un lado y a otro y sólo cuatro o cinco rezagadas, en desorden, unas por detrás de la fila y otras por encima. Los techos eran de hoja, pero en algunos podía verse una chapa de cinc, aunque echada por encima de las hojas como una hoja más. ¿Qué importaba? Si no se los comían, estaban salvados.

Esa era la clase de chistes que se hacían mientras entraban a la aldea. No podían estar más contentos. Irina y Carlos iban agarrados de la mano. Pinkus, un metro por delante de ellos, se daba vuelta a cada rato para ver si lo seguían.

La calle estaba semidesierta. Era temprano todavía; Pinkus calculó que debían ser las seis o las siete de la mañana. Un anciano acomodaba un banquito en la puerta; dos negros rubios avanzaban por un costado de la calle y uno más por la de enfrente; una mujer cruzaba con un tronco sobre los hombros.

—¡Hola! —gritó Pinkus.

Todos se dieron vuelta a mirar, pero ninguno se detuvo. Se abrió una puerta; llegó alguien arrastrando una piragua; un niño se descolgó del cuello de su madre. A nadie le llamó la atención el grupo de extraños, los tres blancos, que avanzaba por la calle, uno de ellos vestido de buzo.

Pinkus estaba excitadísimo. Se puso a la par del hombre de la piragua, que no se detuvo en ningún momento, y le dijo que había estado perdido en la selva «hasta recién» (no «desde cuándo», que era lo importante). ¿Podía indicarle por dónde bajar a la playa? Desde ahí ya se arreglaba solo. El hombre señaló algo con el mentón por encima de un hombro y siguió adelante.

La indicación era demasiado vaga y Pinkus quería asegurarse, no fuera cosa que se perdiera otra vez. Unos metros más allá vio a dos jóvenes casi azules que conversaban cruzados de brazos mientras orinaban, como si fuera lo más natural del mundo; con una torsión de la cintura, los dos mantenían el chorro a su izquierda.

Fue hacia allí. Miró el lugar que le señalaron, dio las gracias y volvió junto a Irina y Carlos. Irina no se sentía bien. Estaba pálida, doblada sobre sí misma. Carlos la sostenía de un brazo; con la otra mano le daba golpecitos en la espalda.

—Amigos —dijo Pinkus—, el camino a la playa arranca ahí. ¿Vamos?

—Enseguida —contestó Carlos.

—¿No les importa si yo voy yendo? Los veo allá. ¡Y pensar que hasta el mes pasado me creía afuera del sistema! —agregó mientras se alejaba. Daba saltitos.

Irina cayó redonda.

La angustia de dos días y dos noches en la selva no era nada al lado de la angustia que sentía ahora. Su primera reacción, cuando Irina vomitó y empezó a temblar, había sido dejarla literalmente en manos del hombre que la alzó y llevó a una de las chozas y encarar el sendero por donde se había ido Pinkus, en busca de ayuda. Pero él tampoco se sentía bien; su visión era borrosa, su paso vacilante, y se dio cuenta de que así no iba a llegar a ninguna parte.

Entró a la choza zigzagueando. Se sentó en el piso, un piso de tierra dura, sin polvo, lustrado, como de acero, con la espalda contra la pared, al lado de Irina, que estaba acostada boca arriba sobre una manta, y le acarició la cabeza helada con dedos helados hasta que entró a la choza una mujer de edad indefinida y le ordenó que no la toque.

Un momento después llegó un viejo que le recordó al pintor, aunque no lo era; llevaba puestos unos anteojos de sol de marco dorado y vestía nada más que un

pantalón corto y un aro en la nariz. A una pregunta suya, Carlos dijo que habían comido un hongo. ¿Cómo era? No sabía: lo habían compartido entre tres y a él le había tocado el cabo. El viejo lo miró de reojo, sin mover la cabeza. Le puso a Irina una mano en la boca del estómago y otra en la frente y se quedó completamente quieto, con una oreja apuntada al vientre de la enferma, como escuchando algo, o como leyendo en el aire, o más allá, en los ojos de la mujer, que aguardaba su dictamen; después de unos minutos que parecieron horas, seguía en la misma posición expectante.

—Y también —murmuró Carlos arrastrando las palabras, con intención de ayudar— se clavó una rama llena de espinas en la pierna... Cuando se la fui a sacar me pinché un dedo, dos dedos... A lo mejor fue eso... Era una rama negra, con espinas verdes... La distribución de los colores me llamó la atención...

—Shh —hizo el viejo moviendo los hombros en círculos. Se levantó, le dirigió unas señas a la mujer y abandonó la choza.

La mujer salió tras él. Un momento después volvió sola. Traía unas ramas ya encendidas que se puso a balancear sobre Irina, rociándola con humo. Eran ramas tan resinosas que el humo salía disparado con fuerza para abajo, se pegaba a la piel y recién entonces, con un silbido, empezaba a subir, inundando la choza. El aroma era agradable y relajante. Carlos se quedó dormido.

Cuando despertó, nada había cambiado. Ni siquiera la inclinación del sol. La única diferencia era que ahora en la choza estaba Zumo, de rodillas junto a Irina, con las manos juntas metidas entre las piernas, mirándola fijo.

Carlos abrió los ojos tan lentamente que Zumo no lo advirtió. Estaba quieto, pero también tenso; su tensión se adhería a su inmovilidad como el humo a la piel de Irina. Zumo alargó un brazo y le tocó la cara —primero la frente y después una mejilla— con el dorso de los dedos.

—Va a estar bien —dijo cuando se dio cuenta de que Carlos lo miraba—. A mí también me pasó.

Y se levantó y salió corriendo.

Pero volvió enseguida. Esta vez se quedó parado en el umbral, sin decidirse a entrar. La vieja lo apartó con un codo para ir a tirar las ramas.

Carlos estaba tan cerca del mundo que abría los ojos y lo único que veía eran manchas. Dormía, despertaba, dormía, despertaba, dormía, y entre un parpadeo y otro escuchaba a veces la voz de Irina, a veces la voz de la mujer, a veces los gritos de unos chicos en la calle, y a veces nada. A medida que pasaban las horas, sin embargo, las manchas se fueron precisando, y vio una vez la mano de Irina sobre sus ojos y el perfil de Zumo entre sus dedos; otra, a la mujer, de espaldas, inclinada; otra, una nube de humo; otra, oscuridad. La vez siguiente que abrió los ojos ya era de día.

Se incorporó sobre los codos sin ningún problema y encogió una pierna pensativa. ¿Qué había pasado? Irina y la mujer dormían desparramadas; Irina boca abajo, con medio cuerpo afuera de la choza, y la mujer sentada, con la espalda apoyada en la pared, una mano en el suelo y la otra sobre sus piernas. Por un instante el cuadro le hizo pensar que había explotado algo.

Se levantó. Salió de la choza. El día recién empezaba, pero el sol ya estaba alto y lo cegó. Dio tres pasos en la calle, durante los que recuperó la vista, y tres de regreso a la choza.

Antes de entrar alcanzó a darse cuenta de que por una milésima de segundo había visto a Zumo sentado al otro lado de la calle, abrazado a sus rodillas, con el mentón sobre los brazos. Todo, aunque no hubiera sabido decir qué, indicaba que había pasado la noche en vela, sin moverse de allí. «La está cuidando», se dijo. Más tarde se diría: «Está enamorado». Pero en ese momento dar un paso no era sólo dar un paso sino también saber dónde llevaba la cabeza, y enseguida lo olvidó.

Sacudió a Irina de un hombro y le preguntó en voz baja (la mujer dormía) si estaba bien. «Perfectamente», dijo ella. «¿Y vos?» «También». Lo abrazó. «Estuviste toda la noche temblando...».

La mujer abrió los ojos.

—Bueno —dijo.

Fin.

Era hora de irse.

Carlos se palpó automáticamente los bolsillos. No tenía un centavo. «Usted no me va a creer...», empezó a decir. Irina le apretó un codo ordenándole que no dijera nada más. Aparte de eso, se despidieron sin grandes aspavientos.

Zumo seguía afuera. Al verlos salir se levantó y fingió que estaba de pie desde antes. Por un instante, incluso los miró con suficiencia, orgulloso, como si la cura fuera obra de él, aunque sus piernas no habían terminado de enderezarse todavía.

«Estuvo horas apantallándote la cara con la mano», le contó Irina en un susurro mientras cruzaban la calle en dirección a él.

Después los acompañó montaña abajo.

Iba muy adelantado.

—No hizo nada. De tanto en tanto prendía una rama y te la pasaba por el cuerpo. Le pregunté si nos habíamos envenenado y negó con la cabeza. Cuando más temblabas le rogué que pidiéramos ayuda para llevarte al continente y dijo que no hacía falta. Se ve que la mención del continente le quedó picando, porque horas después de eso me contó a propósito de nada que iba al continente una vez por año «para ver cómo son los hombres que se han equivocado». Dijo que vos eras uno. ¿Dijo lo mismo de mí cuando era yo la que estaba inconsciente?

—No.

Carlos notó que Irina frotaba algo en una mano mientras le contaba lo que había pasado durante la noche. Era una piedra, una piedra muy pequeña y extraordinariamente suave, verde, plana. Se la había regalado Zumo ni bien pisaron la arena, antes de irse por donde había venido.

—Es un talismán —dijo Irina.

El hotel ya estaba a la vista. Había mucha gente en la playa, más de la que habían visto nunca desde que llegaron a la isla, todos o casi todos en mangas de camisa y en pantalones largos, tanto hombres como mujeres; eran pocos los que andaban con el torso desnudo. La mayoría se había arremangado los pantalones y, con zapatos, zapatillas, sandalias enganchadas a los dedos, pisaban la arena con entusiasmo, como si acabaran de posarse en la luna, o se mojaban los pies en la orilla dando grititos de alegría. Wilson, de sunga, revoloteaba por entre los recién llegados como un buitre.

En el sector más empinado de la escalera del hotel se cruzaron con un grupo de varones de mediana edad que bajaban apurados mirando al suelo, uno más torpe que el otro. Daban la impresión de que era la primera vez en la vida que bajaban una escalera. Uno de ellos tropezó al levantar la vista hacia la playa y estuvo a punto de hacer caer a los demás.

En el *lobby*, veinte o veinticinco personas se paseaban a un lado y a otro, excitadas y a la vez indecisas, como si no encontraran la salida. Algunos estudiaban los folletos que promocionaban el lugar; otros, antes de lanzarse a la aventura, escarbaban el fondo de sus bolsos en busca de gorros y viseras; alguien fotografiaba el paisaje a través de la ventana.

Hacía tres días y tres noches que Irina y Carlos faltaban del hotel, pero nadie daba señales de haberlo notado. Estaban sucios, pálidos, desaliñados, malolientes. Al verlos entrar, el recepcionista los saludó con una inclinación automática de la cabeza vacía, como todas las tardes.

Mientras Irina esperaba el ascensor, Carlos, intrigado, se arrimó a un mozo que recogía decenas de pocillos de café de una mesa en la que el contingente entero parecía haberse reunido un momento atrás, antes de dispersarse, y se enteró de que los recién llegados eran científicos que venían de un congreso de (según había entendido) «tecnología, medicina o algo así».

Interceptó a una señora vestida como para un safari y le preguntó con voz de venado de qué era el congreso. Era un congreso de Ciencia y Creatividad. Allí, durante una semana, se habían reunido los gurúes de la bioingeniería mundial. Los patrocinadores del encuentro (el gobierno, una universidad y varias empresas vinculadas al mundo de las tecnologías de la información) les habían «regalado» un día y una noche en la isla.

—¿Ese no es Aubrey de Grey? —exclamó Carlos señalando con un brazo y un dedo completamente extendidos a un hombre con barba de leñador que se ataba los cordones de un zapato junto a la barra del bar. Pero la señora ya se había ido.

Irina, mientras tanto, mantenía abierta la puerta del ascensor. La soltó cuando vio que Carlos iba al encuentro de De Grey (cruzaron unas palabras y muchas sonrisas a pesar del desconcierto de De Grey, que tenía enfrente a un admirador andrajoso con olor a humo) y volvió a llamarlo cuando lo vio volver.

Con la última línea de energía que le quedaba, Carlos le contó que De Grey, «así como lo ves», era el biomédico más importante del mundo, dedicado al estudio de la vejez. ¿Qué otra autoridad había en el grupo? Seguramente todos lo eran, uno o dos de cada disciplina. Sus disertaciones debían haber sido para darse una panzada.

—Qué lástima no haberlo sabido... —murmuró.

—Igual no hubieras podido ir —respondió Irina—. Estabas en la selva.

Carlos se había especializado (estaba especializándose todavía) en la investigación y la aplicación de radiaciones para la obtención de imágenes diagnósticas y terapéuticas, campo en el que no le iba nada mal. Era un buen ingeniero, un buen diseñador de dispositivos médicos. Un año atrás había participado en el diseño de una bomba de inyección subcutánea de insulina, sin ir más lejos. Pero su verdadera pasión era la electricidad, la bioelectricidad, la creación de imágenes cristalinas. Así que no podía creer que estuviera de pronto rodeado de colegas. Pero se sentía demasiado cansado para todo, incluida su pasión —inhumanamente cansado—, y enseguida se apagó y se dejó llevar.

Irina entró sola a la habitación. Volvió sobre sus pasos para rescatar a Carlos, que se había dormido de pie contra el marco de la puerta mientras ella luchaba para embocar la llave en la cerradura, y se tiraron los dos en la cama boca abajo.

—Aubrey de Grey dice que ya estamos listos para vivir mil años... —murmuró Carlos entredormido—. Y creeme: sabe lo que dice... ¿Te das cuenta, mi amor? —Era la primera vez que le decía «mi amor»—. Mil años...

Se despertó al amanecer. Irina dormía desnuda, ahora boca arriba, con una punta de la sábana en un puño a la altura del mentón. Olía bien. Seguramente se había levantado durante la noche, se había duchado y había vuelto a acostarse. «Pobre», pensó Carlos, «podríamos haber muerto en la selva, y ella más que yo». Sobre la mesa de luz había una cáscara de banana, un resto de hamburguesa y una botellita plástica de jugo de mango.

Seguía cansado, así que se sacó la ropa y se volvió a dormir.

Esta vez despertó enseguida, alarmado por un dato que había registrado sin prestarle atención y que, no obstante, había seguido su curso por fuera de la conciencia hasta hacerse notar: habían llegado al hotel a las diez de la mañana, quizá a las once. ¿Cómo era posible entonces que se hubiera despertado al amanecer? ¿Era el amanecer? ¿Había dormido para atrás? La pregunta no tenía lógica, pero le gustó la sensación.

Irina no estaba en la cama. ¿Estaba en el baño? La llamó. No había nadie.

Miró hacia afuera por la ventana. La playa vacía, el cielo despejado, nublado por el sol, un sol vertical, a juzgar por las sombras invisibles, milimétricamente pegadas a las cosas. Era mediodía.

Estaba muerto de hambre y de sed, más hambre y más sed que las que había sentido en la selva, e incluso en toda su vida. Tomó tanta agua del pico de la canilla que se hubiera saciado, de no ser porque pensaba en lo que iba a comer mientras bebía. Se dio una ducha, se puso ropa limpia y bajó al restaurante.

Irina lo encontró comiendo a cuatro manos como una mosca.

—Dormiste un día y medio —le dijo.

Carlos desaceleró la masticación, sorprendido.

Irina venía de la playa. Estaba quemada, transpirada y divertida. Había corrido con Zumo durante horas por las rocas. «Una semana de práctica más y lo domino», dijo refiriéndose al cordón. Alzó una mano hacia el mozo y con la otra señaló el plato de Carlos:

—Lo mismo.

—¿Cómo que un día y medio? ¿Qué hiciste mientras yo dormía?

—De todo, pero no mucho —dijo ella misteriosamente—: a cada rato iba a ver si respirabas.

—¿Los científicos?

—Se fueron recién. Tu ídolo me hizo así con la cabeza y casi se cae del barco. Pasó algo tremendo con Edna y Carl, el mismo día que nos perdimos.

—¿Qué?

—Se abrió la puerta del ascensor en la planta baja y salió Edna con un cuchillo en la mano gritando: «¡Sálvenlo, sálvenlo!». Carl estaba en el ascensor con una puñalada en el cuello, completamente ensangrentado.

—¿Lo acuchilló en el ascensor?

—Mientras bajaban, sí. Es muy raro. Son nada más que tres pisos... Traía un cuchillo, así que ya estaba pensando en eso, pero ¿qué puede haber pasado en apenas tres pisos?

—Una frase corta, una reacción rápida. ¿Murió?

—No sé. Lo subieron a una lancha y todavía estaba vivo.

—Ahora entiendo por qué nadie notó que faltábamos nosotros...

—Me muero de hambre.

Carlos empujó el plato hacia ella.

Irina comió lo que quedaba mientras Carlos miraba a un lado y a otro, recomponiendo mentalmente la escena de Edna y Carl y deteniéndose de tanto en tanto en el ascensor, impresionado.

El hotel estaba otra vez silencioso.

Llegó el plato de Irina, lo compartieron. Ella pidió una cerveza. «Dos», dijo Carlos y apuró la suya.

No estaba seguro de que hicieran bien en comer así después de lo que habían pasado, aunque ahora se sentía completamente repuesto. Irina le restó importancia. Para ella había sido una intoxicación menor, efecto del estrés (o del terror) más que del hongo. Se excitaba todavía al pensar en la suerte que habían tenido de encontrar la aldea tan rápido. La idea contraria la estremecía; podían haber tomado cualquiera de las diez, o veinte, o cincuenta direcciones posibles (el dibujo de un asterisco graficaba perfectamente el menú de opciones que ofrecía la selva), pero habían acertado. Se estremecía también al recordar que Carlos había propuesto bajar y que ella hubiera ido tras él, pero que Pinkus vio un hongo a su derecha y se dirigieron hacia allí. En cierto sentido, el hongo los había salvado.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Carlos.

Irina se levantó, dio tres pasos hasta una mesa ratona y volvió con el diario.

—Diecisiete —dijo—. ¡Mirá, un reportaje a Pinkus!

—Irina, teníamos pasaje de vuelta para el quince...

—¿Y?

—¿Cómo «y»? Es diecisiete. ¿No decís que es diecisiete? ¡Teníamos que volver el quince!

La expresión de la cara de Irina le causó gracia y se rió. Hacía tanto tiempo que Irina no lo veía reírse que abrió todavía más los ojos y la boca y por un instante hasta se puso bizca. Pero, más allá de la sorpresa inicial, la verdad es que el asunto no le importaba en lo más mínimo. ¿Cuál era el problema? ¿Pagar dos días más de hotel, comprar dos pasajes nuevos?

Carlos era pobre. Irina también, ahora que se había casado con él, pero sus padres tenían muchísimo dinero. Carlos ni siquiera tenía padres. Ni padres ni hermanos. No contaba con nadie aparte de Irina y, a veces, de él mismo y de un reducido grupo de compañeros de trabajo... En otra circunstancia, pagar dos días más de hotel y comprar dos pasajes nuevos habría sido una calamidad. Ahora eso ni se le había cruzado por la cabeza.

Irina leyó el reportaje a Pinkus de principio a fin. A pedido de Carlos volvió a leer la parte en la que hablaba de ellos.

—«No recuerdo sus nombres, ni siquiera sé si me los dijeron alguna vez», bla bla bla. «Yo había sufrido demasiado para merecer que se me pagara con una nueva dosis de realidad y eso era lo que encontraba en él, así que procuraba evitarlo. ¿Más desesperación? ¡No, por favor! Ya había tenido suficiente».

Se detuvo.

—Seguí —pidió Carlos.

—«Ella era divina» —completó Irina con pudor, un pudor coqueto, no obstante—. Pero ¿divina por qué? ¿Qué hice? —Pinkus no decía nada más—. ¡Si no abrí la boca!

Carlos se puso de costado en la silla y alzó un brazo en dirección al mozo.

—¿Qué pasa con la cerveza? —reclamó en voz baja, como para sí mismo.

No había pedido otra cerveza. El mozo, de hecho, entendió que le pedía la cuenta. Carlos firmó la adición sobre una bandejita de metal con el logo del hotel. Después subieron a la habitación.

Tenían un vuelo al día siguiente. El problema era que ese día la barcaza colectiva no llegaba a la isla. El recepcionista del hotel mandó a alguien en busca de Wilson. Un rato después llamó para decirles que se quedaran tranquilos: estaba todo arreglado.

Pero tenían por delante un día más. Irina, con su carácter mágico, y además enamorada, quería aprovechar hasta el último minuto; ir a la playa, nadar, comprar regalos, volver a la aldea para llevarse unas fotos, mirar la caída del sol... Carlos se quedó dormido.

Media hora después despertó con una sensación desoladora: la sensación de tiempo libre en tiempo libre. Y en efecto, la luna de miel había terminado; si seguían ahí (si seguía ahí) era por accidente, y esperando la partida. Estaba en tránsito.

Ya habían hecho las valijas, aunque por motivos bien diferentes: Irina para olvidarse del tema y aprovechar al máximo las horas que le quedaban, y Carlos como si la hora de partir pudiera llegar de golpe. Tan impregnado estaba de esta sensación de *stand by* que se vistió correctamente por primera vez en diez días, y hasta se puso zapatos para ir a la playa. Irina lo obligó a cambiarse.

Bajaron la escalera de piedra tomados de la mano, mirándolo todo alrededor, como si acabaran de llegar. Ni bien pisaron la arena Carlos tuvo un raptó de entusiasmo de origen desconocido, el último entusiasmo (que era también el primero): salió corriendo y se tiró de panza al agua. Cuando emergió, Irina ya lo había agarrado de atrás.

—¿Qué te creíste? —le dijo mordiéndole una oreja.

Era increíble lo rápida que era, y qué feliz. Bastaba con que lo tocara para que él pensara en el amor, aun negativamente. Le dio rabia no sentirse capaz de devolver el gesto o de continuar el juego.

Esa tarde fueron al centro. Había unos tambores y gente bailando. Carlos rechazó la invitación que le hizo Irina, enérgicamente cuando ella insistió. Un muchacho con el torso desnudo y la remera enganchada en el bolsillo trasero de la malla se le acercó contoneándose al ritmo de la música y la atrajo hacia él sacudiendo los dedos, con las palmas de las manos hacia arriba.

Carlos nunca la había visto bailar, excepto en la fiesta de bodas, con otro vestido, con otra música, con otra luz (una luz giratoria), rodeada siempre de amigas que le pisaban los talones. Ahora bailaba de verdad. Con los brazos abiertos, hacía ochos

con la cintura, sensual; o erguida, con la espalda muy derecha, temblando de arriba abajo y subrayando las síncopas del compás con la cadera. Se destacaba.

Carlos descubrió a Zumo entre la gente agolpada a su alrededor. Lo vio, lo perdió de vista —seguramente buscaba una buena ubicación— y volvió a verlo, ahora al otro lado de la ronda, justo frente a él. Estaba quieto, ni siquiera movía los ojos, fijos en Irina, que no lo había visto. Una mirada continua.

Ya lo había pensado antes, pero esta vez no tuvo ninguna duda: estaba enamorado. Primer amor imposible. Pero no sintió pena, sintió curiosidad. ¿Qué haría el chico a partir de mañana, cuando ella se fuera? ¿Lloraría? ¿La olvidaría en cuestión de días, o pasaría el resto de su vida pensando en ella? En unos años, pocos años más, a lo mejor dejaba la isla... ¿O no se iría nunca? ¿Esperaría verano tras verano que Irina volviera? ¿La buscaría en otras chicas, incluso después de que Irina se hubiera borrado de su memoria para siempre? No eran preguntas, eran respuestas, y todas la misma: iba a sufrir.

Carlos, que no le había quitado ni por un instante la vista de encima, volvió a mirarlo (una mirada sobre otra mirada) y sintió un escalofrío al caer en la cuenta de la claridad con que veía en la cara de otro la expresión que sin duda faltaba en la de él. No podía ser de otra manera: Irina lo sabía todo. Lo único que le restaba hacer era decírselo, decírselo a sí misma. Mientras tanto, bailaba.

Un rato después los tambores dieron el último golpe al unísono.

Irina chocó la palma de una mano contra la palma de su acompañante, que le agarró la mano al vuelo y le dijo algo al oído. Irina se sonrió, bajó la vista. El muchacho le dijo algo más, todavía sin soltarla. Ella negó con la cabeza.

La escena duró segundos (Irina terminó escapándose sin ofenderlo), pero Carlos entrevió, como desde otro tiempo, lo que hubiera ocurrido si Irina no estuviera allí con él sino con una amiga o con un grupo de amigas, de vacaciones...

—Qué bueno que estuvo —dijo Irina y le dio un beso—. Quiero, *necesito* tomar algo.

Zumo los alcanzó cuando salían a la calle principal. Desde atrás, tocó a Irina en un hombro con la punta de un dedo. Ella se alegró de verlo.

—¿Es cierto que te vas?

—Mañana. ¿Cómo sabés, te lo dijo tu hermano? El hermano trabaja en el hotel —le contó a Carlos—, es el mozo que nos atiende siempre. ¿Qué hacías?

Zumo se encogió de hombros, la cara desfigurada por la confirmación de la partida.

Lo invitaron a tomar cerveza.

Estuvieron una hora en un bar, una hora durante la que Zumo no abrió la boca, aunque festejaba cualquier cosa que decía Irina y escuchaba con atención cualquier cosa que decía Carlos. Comentarios como «Ah, qué bien hace bailar» o «Me transpiré todo» (Irina) le causaban gracia; a veces se reía abiertamente, a veces se le iluminaban los ojos, impulsando las cejas hacia arriba. «Tendríamos que haber venido

acá desde un principio» (Carlos, refiriéndose al error de haber elegido el hotel, mientras miraba positivamente a su alrededor), en cambio, era la clase de cosas a las que prestaba toda su atención. Diálogos como: «¿Qué te decía el tipo al oído?». «Nada, me preguntó qué iba a hacer. Era alemán», lo hacían pensar, y a toda velocidad, como si no quisiera quedarse atrás.

En determinado momento se levantó para ir al baño.

—Irina —dijo Carlos, solemne, acodándose a la mesa por encima de la música—, ¿vamos?

Zumo los acompañó hasta el hotel. Esa fue la última vez que lo vieron.

A la mañana siguiente, más temprano que nunca, bajaron a desayunar. Leyeron el diario (con un día de retraso, como siempre; el diario del día llegaba a la noche, cuando lo que menos quería uno era saber lo que pasaba), volvieron a la habitación, hicieron el amor y se quedaron un rato largo abrazados, callados, pensativos, latiendo.

De ahí en adelante, hasta que Wilson los pasó a buscar por el muelle, donde estaban parados desde hacía más de una hora, el tiempo pasó cada vez más lento.

Irina vio un rulo en el mar (hasta entonces planchado; se levantaba viento) y Carlos un pájaro que en pleno vuelo pegó la vuelta y volvió por donde venía.

—Estoy muerta de sed —dijo Irina—. Tendríamos que haber traído algo para tomar.

«A partir de acá», pensó Carlos mientras le daba la razón con la cabeza, «le pido a la vida que me tenga paciencia: voy a entrar a un mundo que no conozco».

Empezaba a escucharse el motor de la lancha, invisible todavía.



SERGIO BIZZIO. Nació en Villa Ramallo, Buenos Aires, en 1956. Novelista, dramaturgo, poeta, guionista y director de cine, publicó las colecciones de poemas: *Gran salón con piano*, 1982; *Mínimo figurado*, 1990; *Paraguay*, 1995; *El abanico matamoscas*, 2002 y *Te desafío a correr como un idiota por el jardín*, 2008. Las novelas: *El divino convertible*, 1990; *Infierno albino*, 1992; *Son del África*, 1993; *Más allá del bien y lentamente*, 1995; *Planet*, 1998; *En esa época*, 2001; *Rabia*, 2004; *Era el cielo*, 2007; *Realidad*, 2009; *Aiwa*, 2009; *El escritor comido*, 2010 y el libro de relatos *Chicos*, 2004. Es autor de obras de teatro: *Gravedad*, 2000; *La China*, 1997, y *El amor*, 1997. Las dos últimas en colaboración con Daniel Guebel, con quien también escribió *El día feliz de Charlie Feiling*, 2006. Ha sido traducido al inglés, francés, italiano, portugués, hebreo, búlgaro, holandés y alemán.